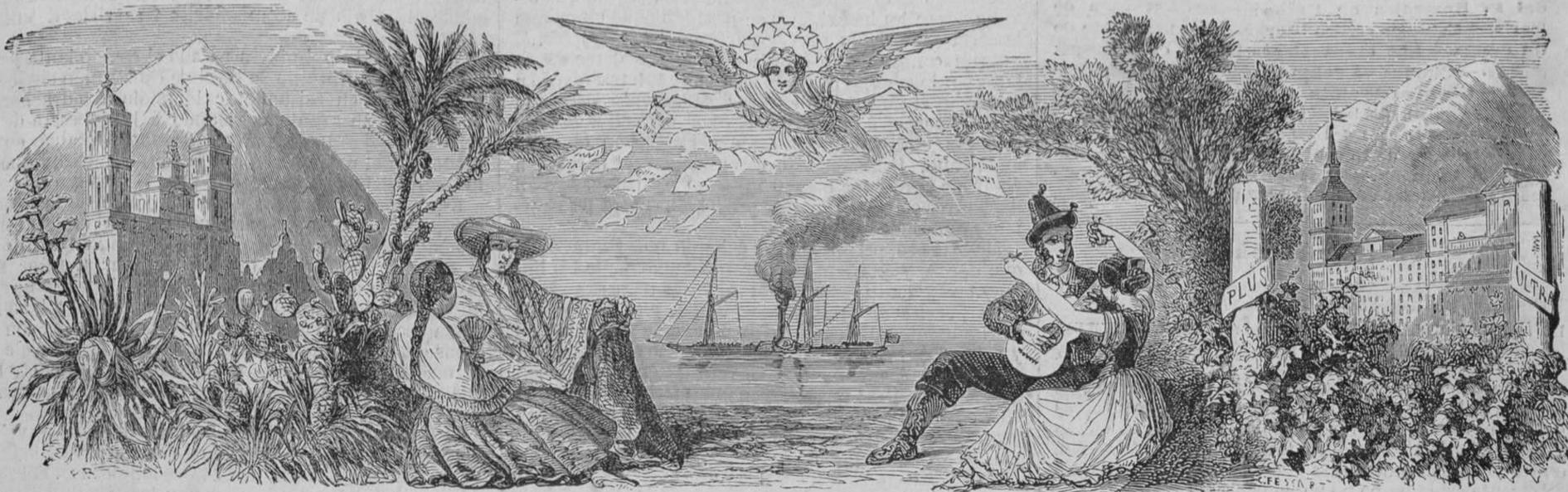


EL CORREO DE ULTRAMAR

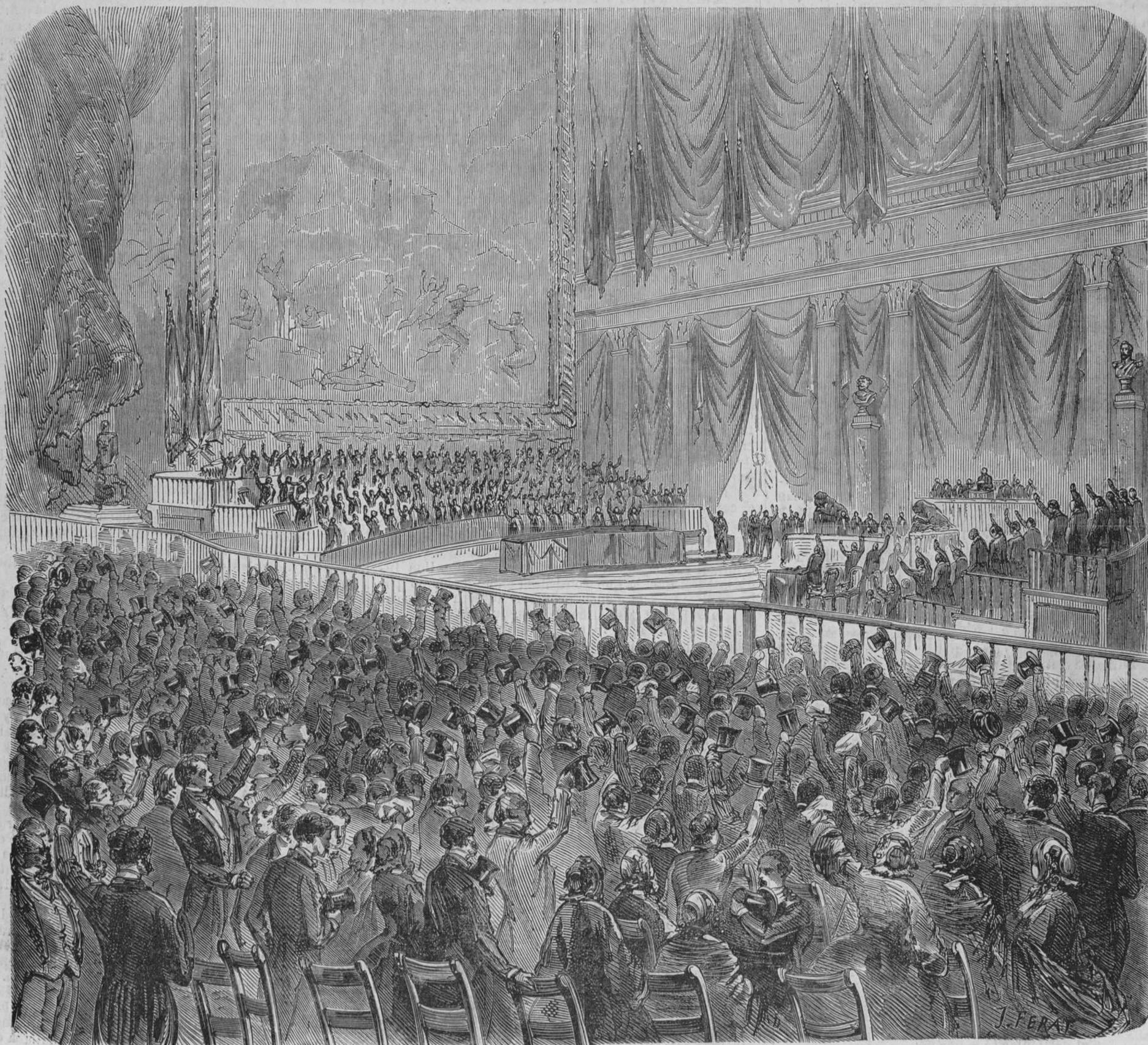
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 352.



ASAMBLEA NACIONAL DE TOSCANA. — Sesion en que se votó la caída de la casa de Lorena y la anexion de la Toscana al Piemonte.

SUMARIO.

Asamblea nacional de Toscana; grabado. — Un viaje redondo. — Al dulce poeta de las flores don José Selgas. — Ovación al ejército de Italia; grabados. — Un cuadro de la campaña de Italia; grabado. — La casa del P. Remedios en Macao; grabado. — A la muerte de París. — Estudios crítico-literarios. — A la muerte de un amigo. — Las excavaciones hechas en Cartago; grabados. — Pintura de Pablo Veronés; grabado. — El Payaso. — El puñal de plata. — La caza del faisán en el valle del Rhin; grabados. — Las Islas Chaussey; grabado. — La aurora boreal del 29 de agosto; grabado. — Discursos leídos ante la real Academia española. — Revista de la moda. — El yacht del emperador Napoleón; grabado. — La Venus de la Porta Portese; grabado.

Un viaje redondo.

V.

EL *Pelayo* RECALA AL PUERTO DE LA HABANA, DESPUES DE 51 DIAS DE NAVEGACION.

Después de abandonadas las costas setentrionales de España, el *Pelayo* continuó felizmente su viaje á través del Océano Atlántico, favorecido á la vez por el viento y las corrientes, y hacia ya veinte días que no se veía en torno del bergantín mas que cielo y agua.

Durante este tiempo no había ocurrido á bordo novedad alguna, digna de una mención especial.

El mareo había cesado por completo al quinto día de navegación, y los pasajeros de proa despachaban todos y con excelente apetito las dos galletas y la escasa ración que les suministraban á las diez de la mañana y á las cuatro de la tarde. El vino, que según las ofertas del armador no debía faltarles en ninguna comida, se fué escatimando progresivamente, hasta concluir por no beberlo mas que los domingos, en atención sin duda á la solemnidad del día, y cada vez mas adulterado.

Colocada el agua en pipas mal acondicionadas, mal limpias y conteniendo unos residuos del aceite ó grasa de ballena de que habían estado llenas, principió por enturbiarse y concluyó por corromperse enteramente, hasta el punto que no era posible beberla sin oprimir la nariz con los dedos antes de llevar el tanque á la boca.

La sed es una de las molestias que el hombre no puede resistir por mucho tiempo: el buque no llevaba destiladores ni aparatos de ningún género para filtrar el agua; y si bien con repugnancia en un principio, todos los pasajeros se fueron al fin conformando con beberla en el malísimo estado en que se hallaba.

Debemos confesar sin embargo, en honor de la verdad, que la que se servía á la tripulación y á las gentes de la cámara, si bien turbia también y poco agradable á la vista, no era tan repugnante al paladar, y las pipas que la contenían estaban cuidadosamente guardadas.

Cuando todos los pasajeros de proa estuvieron en disposición de subir por sus piés sobre cubierta, se aseó algun tanto el sollado á fuerza de escoba y baldes de agua, con lo cual se mejoraron por entonces sus condiciones higiénicas.

Pero como aquel reducido local estaba habitado por ciento veinte personas, muchas de las cuales, bien por desaseo, bien por carecer de ropa ó porque los marineros no habían querido tomarse el trabajo de sacarles de la bodega sus arcas ó baules, traían aun encima la misma camisa y el mismo vestido con que habían salido del puerto. Fácilmente se comprende cómo irían aquellos infelices á los veinte y dos días de viaje, y cuánta miseria no popularia por el reducidísimo recinto que ocupaban.

Los buques que navegaban entonces en la carrera de América no se cuidaban, salvo muy raras excepciones, de llevar á bordo mangas de ninguna clase para renovar el aire, y aunque la boca de escotilla había permanecido franca tanto de día como de noche, el aire encerrado en el sollado del *Pelayo* estaba tan corrompido, que parecía milagroso que aquellas pobres criaturas no se hubiesen asfixiado. Y esto nos dará una idea de los sufrimientos que nuestra flaca naturaleza puede llegar á soportar.

Aquellos ciento cuarenta pasajeros de proa que al embarcarse gozaban de muy buena salud y de la agilidad y la alegría propia de sus años, se hallaban entonces pálidos, macilentos y casi desfallecidos; apenas asomaba la sonrisa á sus labios mas que cuando al abandonar por unos momentos el oscuro y reducido calabozo en que venían encajonados, respiraban sobre cubierta la pura y vivificante brisa del Océano, ó al ver asomar por las puertas del fogón las ollas de rancho.

¿Ni qué otra cosa podía esperarse atendido el local en que se les tenía, la escasez del alimento que se les suministraba, el mal estado del agua que bebían, la inmundicia de que se hallaban cubiertos, y los golpes y chicotazos con que por el mas insignificante motivo se les atormentaba á cada paso, sin dejarles siquiera el derecho de lamentarse de su suerte?

Y este mal trato que los pasajeros de proa recibían á bordo del *Pelayo* era el mismo que se daba entonces en todos los buques de la carrera de América, y el que se sigue dando en el día, salvo algunas excepciones poco numerosas por desgracia, á pesar de que el gobierno, atendiendo aunque tarde á las repetidas indicaciones que sobre el particular se le hacían por las autoridades de las colonias y por los agentes consulares que tiene

la España en los estados independientes del Nuevo Mundo, obliga en la actualidad á los armadores á depositar catorce duros por cada uno de los pasajeros que llevan sus buques, para responder con ellos de las quejas que contra los capitanes se puedan producir.

No diremos que la responsabilidad establecida por este medio sea completamente ilusoria, puesto que alguna vez se les ha exigido ya; pero teniendo en cuenta la corta edad de la mayor parte de los pasajeros, el ningún conocimiento que tienen de sus derechos, la falta por lo general de personas que se interesen por su suerte en el punto de llegada, y conociendo además la triste situación á que se ven reducidos muchos de estos infelices en los primeros días de estancia en el suelo americano, fácilmente se comprenderá el porqué, á pesar de seguir recibiendo un trato malísimo, solo en muy raras ocasiones se han producido contra los capitanes quejas de esta clase.

Mientras se permita llevar á bordo mas gente de la que deben y pueden admitir razonablemente los buques en sus localidades útiles; mientras no se examinen éstas por las autoridades de marina, y se reconozcan escrupulosamente los cascos de la aguada y la cantidad y calidad de los víveres; mientras no se obligue á los capitanes á llevar mangas de ventilación para los sollados, y mientras no se hagan informaciones obligadas y de oficio en los puertos de recalada, no se conseguirá la completa extirpación de un mal que tan funestas consecuencias ocasiona.

Nuestros lectores dispensarán, que arrastrados por el amor que la humanidad nos inspira, nos hayamos engolfado por unos momentos en consideraciones, ajenas en cierto modo á la índole de este trabajo.

Los pasajeros de popa, aunque mejor que los de proa, no van también como esperaban. Sus comidas han ido disminuyendo en abundancia y variedad á medida que disminuían los víveres frescos que el *Pelayo* había sacado del puerto, sirviéndose ya únicamente en la mesa de la cámara arroz y bacalao, habichuelas y carne salada, y por postres avellanas y queso de Flandes. Los domingos se les daba además y como por extraordinario, un principio de gallina y una copa de vino generoso.

Si los marineros, para matar el tiempo ó con el fin de atender á su regalo se dedicaban á pescar cuando el estado del mar y las faenas de á bordo lo permitían, se reemplazaba el bacalao con el pescado fresco, y si la pesca era alguna vez abundante, todos á bordo participaban de ella, con gran contento de los pasajeros de proa, que sacaban, como se dice vulgarmente, la tripa de mal año.

A los pocos días de navegación, cansados los dos oficiales del ejército de Cuba de tener en sus brazos á los niños, pidieron al capitán que bajo cualquier pretexto los pasase á proa; y este, sin tener en cuenta que habían pagado su pasaje para ir en la cámara; sin detenerse ante la consideración de las penalidades y sufrimientos á que indebidamente les exponía, los llevó á aumentar el número de los infelices que ocupaban el sollado, sin que nadie en el buque hubiese protestado contra aquella medida tan arbitraria como injusta; pues si bien el piloto Pumarino se había permitido hacer algunas objeciones, un — yo lo mando — de su jefe le impuso silencio.

Uno de aquellos niños era hijo de una pobre viuda que acababa de perder á su esposo, pasando del bienestar á la miseria, y que había agotado los escasos recursos con que contaba para que el hijo de sus entrañas no echase de menos durante el viaje las comodidades á que estaba acostumbrado.

El señor Miranda, única persona en el buque á quien el capitán guardaba consideraciones, hacia cuatro días que se hallaba enfermo y presa de un delirio espantoso que hacia temer por su vida, y no pudo interceder por las cuatro víctimas del egoísmo de los oficiales y de la criminal condescendencia del jefe del buque. Una indisposición ligera, que combatida en su principio por los medios que la ciencia aconseja, hubiera podido soportar de pie, le puso al borde del sepulcro.

El *Pelayo*, á pesar de estar terminantemente prevenido que los buques destinados á conducir pasajeros á nuestras colonias lleven un médico-cirujano con títulos bastantes para ejercer debidamente su profesión, tenía á su bordo un mal sangrador, que de todo entendería menos de cirugía y medicina; pero que cubría aquella plaza con poco dispendio para el armador, gracias á la indolencia con que miraban entonces y miran aun por desgracia un asunto de tanta trascendencia algunas autoridades de marina poco celosas en el cumplimiento de sus deberes mas sagrados.

El pasajero que tiene la desgracia de caer enfermo en uno de estos buques, puede estar seguro de pasar á mejor vida, con permiso del físico de á bordo, si su propia naturaleza no se encarga de salvarle.

El botiquín que deben llevar por ordenanza es por lo general muy escaso de medicamentos, y los pocos que contiene, sobre ser mal elegidos, son muchas veces inútiles por falta de una persona que sepa aplicarlos ó suministrarlos con acierto. No hay interés en prodigar á los enfermos los cuidados y las atenciones que su estado reclama, y hasta suele acontecer que un pasajero se muere, después de haber permanecido algunos días tendido en su lecho, sin que el capitán haya tenido noticia de la enfermedad, si alguno de los camaradas que duermen á las inmediaciones del paciente no se cuida de ponerla en su noticia.

Cuando se distribuyen los ranchos nadie se cuida de pasar lista, nadie procura averiguar la causa de la au-

sencia de los pasajeros que no se presentan á despachar su ración.

En la cámara no puede llegar aquel caso, porque el capitán y el piloto duermen en ella; pero tanto á popa como en el sollado, los pobres enfermos se miran á todas horas en un completo abandono, si algunos de sus camaradas no se tomaran por cariño ó por humanidad el trabajo de acompañarles y servirles de enfermeros.

Y muy mal lo hubiera pasado el comerciante de la Habana si Casimiro no se hubiese constituido desde un principio en su asistente, cuidándole á todas horas, pasando noches enteras velando á la cabecera de su catre y prodigándole cuantas atenciones estaban en su mano, con el mismo celo, con la tierna solicitud que lo hubiera hecho con la persona para él mas querida.

Este proceder por parte de un joven de tan pocos años, unido á la inteligencia natural y al amor al trabajo que tan marcadamente se advertían en el hijo de la viuda de Pumarino, llegó á cautivar al señor Miranda y á engendrar en su alma noble y reconocida un cariño hacia aquella pobre criatura, cuya historia había escuchado con interés al piloto. Pasaba con él horas enteras durante la convalecencia, hablándole de su madre y distrayéndose agradablemente en oír los cálculos y los planes que aquel niño se formaba para el porvenir.

El *Pelayo* lleva ya treinta y cuatro días de navegación sin el menor contratiempo; se hallaba á los 25° 30' de latitud N., y á los 65° 24' de longitud O. del meridiano de San Fernando, y según los cálculos del capitán y del piloto, tardarían cuando mas cuatro ó cinco días en descubrir la tierra de Abacú, que era el punto americano que de comun acuerdo habían elegido los dos marineros para la recalada. En este pronóstico entraba, como es de suponer, la circunstancia de que el tiempo continuase siéndoles favorable.

El bergantín había dado principio á la singladura 33 con todo aparejo portable, mar bella, cielo y horizontes completamente limpios, é impelido suavemente por un S-E. regular que le permitía correr de siete á ocho millas por hora con rumbo al O-N-O., y en tal situación continuó navegando sin novedad hasta la caída de la tarde.

Apenas puesto el sol se notaron por el tercer cuadrante del horizonte algunas fajas rojizas que se iban tornando en gruesos y apinados semblantes de color negruzco á medida que aquel astro descendía, y entre los cuales se dejaban ver por intervalos algunas claras luminosas de un color amarillento livido, que infundían á la tripulación del *Pelayo* siniestros temores.

A la fresca brisa que había hinchado durante la tarde las velas del bergantín, sucedió de repente una calma chicha y sofocante que apenas permitía respirar con libertad, y á merced de la cual las velas enteramente caídas azotaban los palos y los aparejos produciendo un ruido infernal.

Las olas, que momentos antes corrían ligeramente convirtiéndose en blanquísima espuma al chocar unas con otras ó contra la proa y los costados del buque, fueron perdiendo gradualmente su velocidad y su volumen hasta el punto de quedar la superficie del Océano enteramente inmóvil y cubierta de un tinte oscuro, que ni el menor copo de espuma matizaba. Al mismo tiempo se oía á lo lejos y como saliendo de las regiones submarinas un ruido sordo y confuso en un principio, pero que cada momento se percibía con mas claridad y mas imponente.

La tripulación del *Pelayo*, y sobre todo el piloto Pumarino que había navegado mucho en aquellos mares, no pudieron engañarse sobre la intensidad y la fuerza del temporal que se les venía encima por momentos, y hasta los pasajeros que se hallaban sobre cubierta contemplaban aquel repentino cambio del tiempo, poseídos de pánico terror, y fijaban sus espantados ojos en los semblantes del capitán y del piloto, que mudos é inmóviles no apartaban la vista del horizonte.

Las nubes cada vez mas gruesas y oscuras principiaban á elevarse á manera de montañas móviles, y se presentó una espesa niebla por el S-O., aunque á bastante distancia.

El huracán se venía encima con una rapidez y una violencia extraordinarias, y no había un momento que perder.

Una orden del capitán, pronunciada con terrible acento, obligó á todos los pasajeros á bajar á la cámara y al sollado; se cerró enteramente la entrada de la primera, se colocaron los cuarteles en la boca de escotilla, y se obligó á los que hasta entonces habían dormido sobre cubierta á encerrarse en el camarote de la tripulación. El puente quedó enteramente libre en menos de diez segundos.

La niebla se acercaba por instantes; las nubes cubrían ya todo el firmamento; el ruido aumentaba y se oía cada vez mas distintamente, y las olas principiaban á agitarse de nuevo de una manera extraña. El bergantín conservaba aun todas sus velas, y las sacudidas eran terribles.

Con una presteza que indicaba bien la proximidad y lo terrible del peligro, se recogieron las alas y las rastreadoras, se arriaron los fogues, se cargaron la bergantina, la cangreja y la mayor redonda, y toda la gente se lanzó á las jarcias con una agilidad imponderable.

Diez minutos después se habían bajado los juanetes y los sobres, se habían calado los mastelerillos, se habían tomado tres rizos á las gaviotas, dos al trinquete y el suyo á la trinquetilla, y toda la gente se hallaba de nuevo sobre cubierta, fija la vista en el capitán, como

si tratasen de adivinar sus pensamientos para anticiparse á ellos.

El viento había arreciado por entonces de una manera sensible, y su violencia aumentaba por instantes; la niebla había envuelto el Océano en una oscuridad espantosa; el ruido, antes lejano, se sentía ya á muy corta distancia, y la mar había engrosado de tal modo, que el bergantín desaparecía entre montes de agua como si se sepultase en el abismo, y reaparecía de nuevo en la cumbre siguiendo el impulso y la dirección de las olas, y hundiendo á menudo la proa en aquellas inmensas moles de líquido, que rompiéndose al choque, inundaban y barrían de proa á popa la cubierta del *Pelayo*.

— ¡Llevamos demasiado trazo! — exclamaba Pumarino y con él la mayor parte de los marineros, al notar que el viento y la marejada iban á mas. Y aunque el capitán se hacía sordo en un principio á estas prudentes indicaciones, tuvo que mandar al fin que aferrasen el trinquete y la gavia, porque los golpes de mar se tragaban el buque.

Los pronósticos que se hacían en el puerto sobre las propiedades marineras de este, estaban muy lejos de ser una quimera fraguada por la maledicencia y por la envidia. La mala colocación de sus palos y el peso desproporcionado de su aparejo de proa le obligaban á hundirse mas de lo que á su seguridad convenía, hasta el punto de que la figura de un guerrero antiguo en que terminaba su gracioso tajamar, besaba sin cesar las olas.

Verdad es que la marejada era una marejada espantosa, y que el viento soplabá ya con terrible violencia. — ¡Llevamos aun mucho trazo! ¡Debemos cargar el velacho y calar el mastelero para quitar peso al palo trinqueté! — exclamaba el piloto advirtiéndole que el huracán estaba encima.

El capitán se estaba riendo de lo que él llamaba una cobardía de su segundo, cuando una horrible racha de viento que cogió al bergantín casi de costado, dobla al *Pelayo* como un mimbres, hasta tocar en el agua con los penoles de las mayores, y la proa desaparecía enteramente entre la espuma de una ola inmensa que rompió por la mura de babor: el buque estaba zozobrando.

El capitán y dos de los marineros mas robustos se arrojaron sobre la caña del timón; se aventaron al instante las escotas del velacho y de la trinquetilla, y Pumarino corrió hacia en mano dispuesto á picar el palo trinquete; pero no fué necesario.

Después de un momento de vacilación, libre el *Pelayo* de la presión que ejercía el viento en sus velas, é impulsado por un nuevo golpe de mar menos violento que el anterior, logró tomar de nuevo su posición vertical.

Grandísimo había sido el peligro; el jefe del buque se convenció de que las insinuaciones del piloto no eran inspiradas por el miedo, y convino por fin en arriar el velacho y calar el mastelero de proa.

Estas maniobras se llevaron á cabo con una celeridad y una precisión admirables; se clavaron definitivamente las escotillas, por las cuales asomaban alguna que otra vez los pasajeros, levantando, cuanto sus fuerzas se lo permitían, los cuarteles con gran peligro de que la bodega se inundase, y el *Pelayo* siguió por espacio aun de veinte y cuatro horas siendo el juguete de las olas, ciñendo el viento con la mas pequeña de sus velas triangulares, y aun esta reducida á la última expresión y trabajando horrorosamente.

Las gentes de á bordo, una vez pasada la inminencia del peligro, se dedicaron á picar constantemente las bombas, porque el buque, aunque nuevo y sólidamente construido, á cuyas circunstancias debió indudablemente su salvación, hacia agua como una cesta de mimbres.

Una serie no interrumpida de chubascos que cayeron durante la primera mitad de la noche siguiente, descargaron algun tanto la atmósfera; los horizontes se fueron despejando durante la otra mitad; el viento se llamó al E-S-E. poco después de la salida del sol, y la marejada fué calmándose, hasta el punto de que al dar principio á la singladura 37, el *Pelayo* surcaba el Océano cargado de velas hasta los topes, y la tripulación se había entregado en su mayor parte al descanso, después de treinta y seis horas de incansables y penosísimas fatigas.

Como durante todo este tiempo los marineros solo habían pensado en salvar al bergantín del naufragio, ni se habían encendido las hornillas, ni hubiera sido posible, aun cuando se deseara, levantar los cuarteles de la escotilla sin exponerse á un siniestro, los pasajeros de proa permanecieron encerrados en el sollado sin un cacho de galleta que llevar á la boca, sin una gota de agua con que apagar su sed, casi asfixiados por falta de aire, sumidos en una oscuridad espantosa y presa de horribles temores sobre la suerte que en medio de aquella furiosa tempestad les esperaba.

Fácil es alcanzar cuál sería su regocijo cuando abierta de nuevo la escotilla pudieron respirar al aire libre, disfrutar de la luz y persuadirse de que el peligro había cesado por completo. Aquellos infelices contentísimos con haber escapado de las garras de la muerte, se arrojaron á devorar con ansia su ración de arroz y bacalao y á beber el agua corrompida, que les pareció entonces mas pura que si acabasen de sacarla de un copioso manantial.

Pero no todos se presentaron sobre cubierta. Tres días hacia, cuando el temporal descargó su furia sobre el *Pelayo*, que dos de aquellas desgraciadas criaturas permanecían tendidas en su lecho, acometi-

das de una fiebre tifoidea bastante aguda, sin que ninguno á bordo hubiese pensado en examinar su estado, y en prodigarles los auxilios que su dolencia reclamaba.

Atendidos regularmente en tiempo oportuno, á pesar de los escasos medios que el buque podía ofrecer, hubieran quizás vivido; pero encerrados allí entre sus ciento veinte compañeros, sin el menor medicamento que cortase al mal sus progresos, y respirando un aire corrompido por espacio de tantas horas, al abrirse la escotilla se notó que los infelices habían cesado de sufrir.

Se subieron sus cadáveres calientes aun sobre cubierta; se envolvieron y trincaron reunidos en un trozo de lona usada; se les amarró á los piés un galápago de plomo; el capitán murmuró sobre ellos en medio de un silencio sepulcral la oración de difuntos, y cuatro robustos marineros subieron el bulto por encima de la obra muerta y le arrojaron al agua. El mar se abrió para recibir aquellos dos cuerpos inertes; se volvió á cerrar de nuevo, y todo quedó concluido.

Quizá en aquel momento dos pobres familias de labradores formarían los cálculos mas halagüeños sobre su suerte futura, confiadas en los dos infelices que yacían inanimados en el fondo del Océano, sirviendo á los peces de pasto.

Este desgraciado accidente sembró por de pronto el terror entre los pasajeros y se derramaron algunas lágrimas durante aquella tarde. A la mañana siguiente no se hablaba ya de los finados.

A la tormenta espantosa por que acababa de pasar el *Pelayo*, sucedió una calma chicha que le tuvo cerca de diez días sin que adelantase en su navegación treinta millas.

Los rayos del sol caían casi perpendicularmente sobre cubierta; las costuras del puente se abrían á pesar de los toldos y de un baldeo repetido cada dos horas, y los pasajeros se hubiesen ahogado en el sollado entre el calor, la inmundicia y el aire fétido que allí se respiraba, á no haber permitido el capitán que la mitad de ellos permaneciesen arriba constantemente, relevándose cada cuatro horas, y obligándolos á lavarse tres ó cuatro veces al día.

Como la calma no llevaba trazas de cesar, se les fué acortando la ración de galleta, por temor de que se concluyesen las pocas que quedaban, hasta el punto de no darles mas que media en cada comida, y el agua llegó á faltar casi por completo; y si no sucedió lo mismo con los demás víveres, no se debió ciertamente á la prevision del armador, que tan mezquino se había mostrado al surtir al *Pelayo* de bizcocho y agua, sino á la circunstancia de ir el buque cargado de los artículos que se empleaban en el rancho, con el fin de vender en la Habana los sobrantes y sacar de sus ganancias lo bastante para cubrir el valor de los consumidos por la tripulación y por los pasajeros de popa y proa durante el viaje, costumbre que tienen, sin excepcion alguna, los dueños de todas las embarcaciones que navegan entre España y nuestras posesiones de América.

Cuatro días mas de calma, y aquellos infelices carecerían completamente de agua y galleta.

Por fin, al amanecer del día nono se presentó por el S-E. un vientejillo flojo que fué afrescando durante toda la singladura; el bergantín largó alas y rastraderas por banda y banda, y á la madrugada siguiente la voz de ¡tierra! dada por el vigilante de tope, vino á reanimar el abatido espíritu de las gentes del *Pelayo*.

Una hora después se veían ya desde cubierta los Berú, y el bergantín gobernó á todo trazo en su demanda.

Se avistaron después sucesivamente y con pocas horas de intervalo, el rayo Estribo y los Roquillos, dos horas antes de amanecer se distinguió en el horizonte y como á unas veinte millas de distancia la farola del puerto de la Habana, y el sol naciente mostró á los navegantes asturianos las costas de la mas preciosa de nuestras Antillas.

A la una de la tarde y después de cincuenta y un días de viaje, fondeaba el *Pelayo* al abrigo del castillo del Morro.

El viento sur que entonces soplabá con bastante fuerza, le impidió penetrar aquella tarde en la bahía.

BALDOMERO MENENDEZ.

Al dulce poeta de las flores

DON JOSÉ SELGAS.

¿Qué es el vago sentimiento
Que me inspira tu poesía?
¿Es la dulce simpatía
Que enternece el corazón,
O es el recuerdo distante
Que dentro del alma vive,
Y nuevamente revive
Al modular tu canción?

Quando tu voz melodiosa
Eleva mágicos cantos,
Bellos, puros, leves, santos,
Cual trinos del ruiseñor,

Me parece que tus ecos
De encantadora ternura
Armonizan su dulzura
Con mil endechas de amor.

Tú le cantas á las flores,
Y son las flores mi esencia:
Tú proclamas la inocencia,
Y yo adoro la virtud.
Canta, canta, que tu acento
Es arpegio bendecido,
Por las auras recogido
Del seráfico laud.

En tus comentarios suaves
Hay algo de vagaroso,
De elevado, de grandioso,
De sentido, de ideal;
Y por eso le prodigas,
Sin hacer al mundo agravio,
Toda la miel de tu labio
A la vida vegetal.

Dulzura solo derramas
En el seno de las flores,
Dulzura que sin temores
Quiere la abeja libar:
Dulzura que destilada
En el cáliz de una rosa,
Es la esencia deliciosa
Que llega lenta á embriagar.

Dulzura y solo dulzura
Tu noble decir inspira:
Dulces sonos de tu lira
Viertes á raudales mil.
Por eso, dulce poeta,
Brotó bella tu poesía,
Cual brotan en solo un día
Las amapolas de abril.

Aquí: en distantes montañas,
Entre la brisa marina,
Guarda siempre Victorina
Un eco de tu canción:
Eco blando que repiten
Las flores, el mar, el viento;
Eco leve, tierno, lento,
Un eco del corazón.

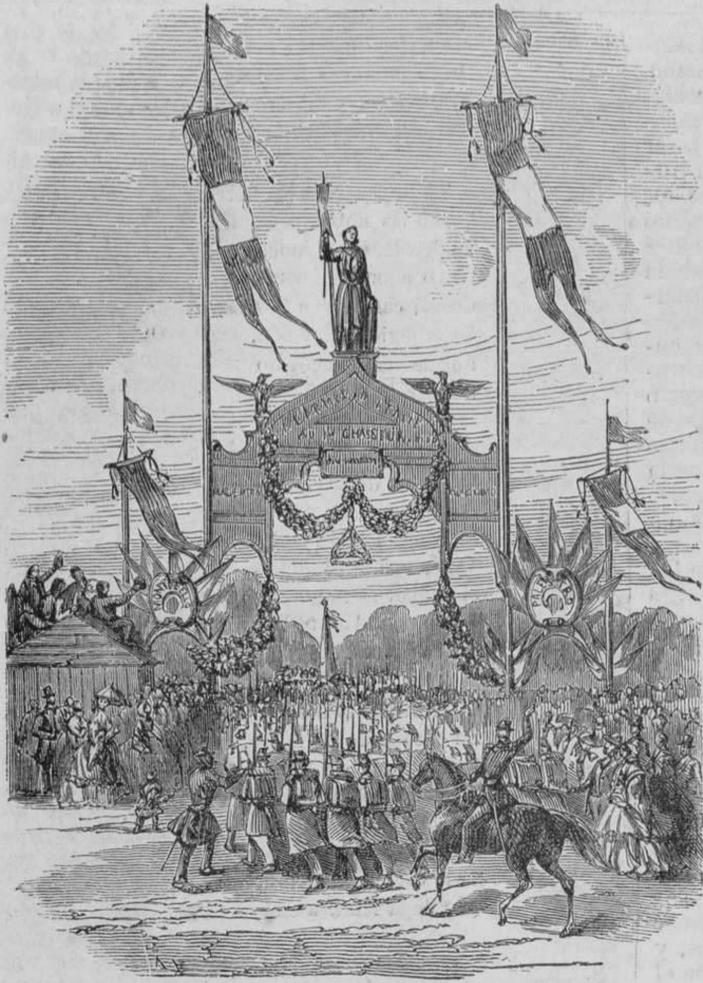
VICTORINA BRIDOUX Y MAZZINI.

Ovación al ejército de Italia.

La gloriosa campaña de Italia ha excitado por todas partes en Francia los mismos sentimientos y los mismos trasportes de entusiasmo. Las fiestas de París, que pusieron tanto en evidencia las simpatías y la admiración que excita el ejército, se han continuado en los departamentos. — Hoy publicamos tres dibujos que representan la llegada del 86° de línea á Lille, y la recepción hecha á otros cuerpos en los pueblos de Moulins y de Auxonne. Estos dibujos manifiestan por sí solos el ardor del sentimiento patriótico que se demuestra en esos homenajes, y después de todo lo que hemos publicado ya sobre recepciones análogas, no debemos hacer mas que remitir al lector á las relaciones insertas en los números precedentes.

Sin embargo vamos á tomar el párrafo siguiente de la carta del que ha compuesto el dibujo de Lille, porque se refiere á una particularidad interesante. Dice así: «Festejábamos tambien nosotros el regreso de un valiente que es hijo de nuestra ciudad, el abanderado del 86°, que perdió un dedo en Solferino y salió herido en un brazo. Marchaba á la cabeza de los heridos que habían podido soportar la fatiga del camino. Su ordenanza y otro militar debieron ayudarle á llevar las coronas y los ramilletes que todos le ofrecían. A la vista de la bandera sostenida por sus valerosas manos, estallaron los trasportes mas entusiastas. El asta rota de un balazo se gobernó con una virola de cobre. La bandera no es mas que un pedazo de seda ennegrecido, manchado de sangre, y cuyos colores han desaparecido; los soldados han reunido cuidadosamente los menores fragmentos por medio de alfileres. Quisieron regalar al regimiento una bandera nueva, pero el regimiento no ha querido desprenderse del glorioso pabellón que ha flotado en la Kabalia, en la Crimea y en Italia.»

Debemos añadir que el 86° de línea, que ha recibido en Lille una acogida tan cordial, formaba parte del 4° cuerpo mandado por el mariscal Niel y de la division Vinoy. En la batalla de Solferino entró en acción cerca de Medolo desde por la mañana, y contribuyó al atrevido ataque que el valiente mariscal dió contra Guidizzolo, donde debia cortar la retirada á los austriacos; movimiento que no produjo buenos resultados, porque atacado el 4° cuerpo por fuerzas superiores, y privado



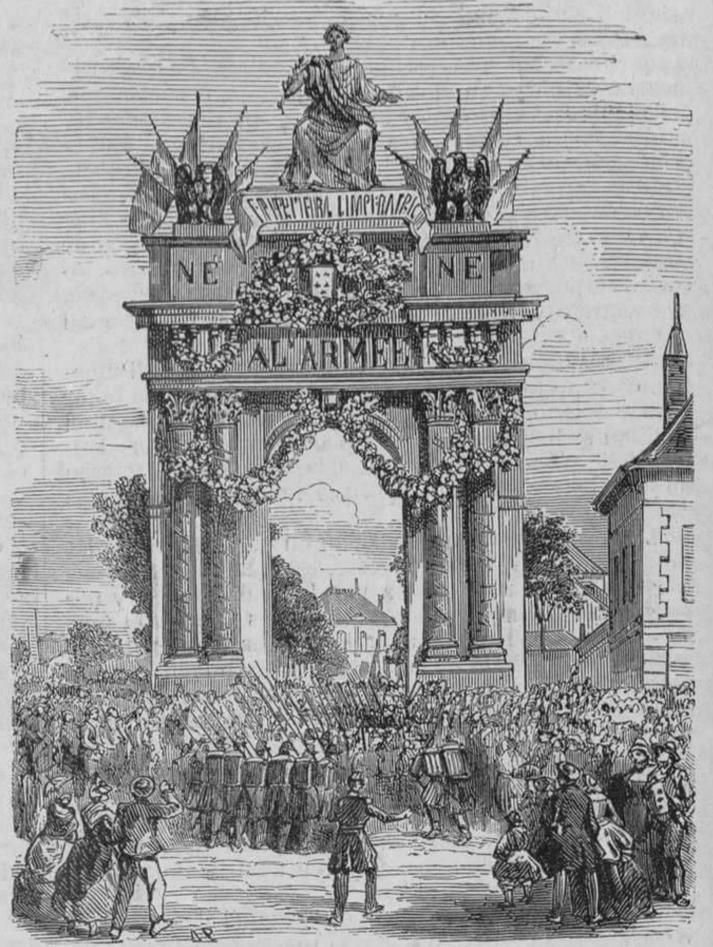
Arco de triunfo levantado en Auxonne para la recepcion del ejército de Italia.

del refuerzo que habia pedido al mariscal Canróbert, tuvo que estar á la defensiva todo el dia, y no pudo avanzar hasta muy tarde, cuando hubo recibido un refuerzo de algunas brigadas que le ayudaron á apoderarse de las posiciones. Pero la horrorosa tempestad que estalló despues puso fin á la batalla, y le impidió que prosiguiera el objeto que se proponia. La division Vinoy, colocada en el extremo derecho, sostuvo el fuego todo el dia con una intrepidez admirable.

F.

Un cuadrito de la campaña de Italia.

En el lenguaje popular francés, *trouvador* es sinónimo de soldado. Esta sinonimia que no está justificada por ninguna relacion aparente, parece al pronto una de esas vaciedades ingénuas de que se hallan tantos ejemplos en la lengua familiar. Por mi parte, no me encargo de explicar la expresion; lo que hago es consignar que á veces se aplica felizmente, pues es bastante comun hallar soldados que improvisan coplas de *vaudeville*. Quizá no hay un regimiento ni una compañía en el ejército francés que carezca de un poeta; y la prueba es la innumerable



Arco de triunfo levantado en Moulins para la recepcion del ejército de Italia.



RECEPCION DEL 86° DE LINEA EN LA CIUDAD DE LILLE, EL 26 DE AGOSTO DE 1859.

cantidad de canciones alegres que tiene el soldado en su memoria.

Los poetas de esta familia militar son poco conocidos del público. Hoy, sin embargo, damos á conocer á uno de esos trovadores que cantan indistintamente y con el mismo entusiasmo, el vino, el amor y la gloria. El sargento *** del 43° de línea cuyo retrato se ve en esta página, descuella entre todos ellos; pero durante la campaña de Italia su inspiración se dió particularmente á cantar las hazañas de sus compañeros de armas y las derrotas de los austriacos. No podríamos decir qué número de coplas improvisó en esta corta campaña; su musa era tan fecunda, que á decir verdad, ni él mismo ha debido cantarlas.

La admiración de los soldados por este sargentopoeta es muy grande; héle ahí practicando un reconocimiento y cantando en marcha una cancioncilla en que promete muchas cosas buenas á los austriacos si tiene la fortuna de tropezar con ellos.

L. R.

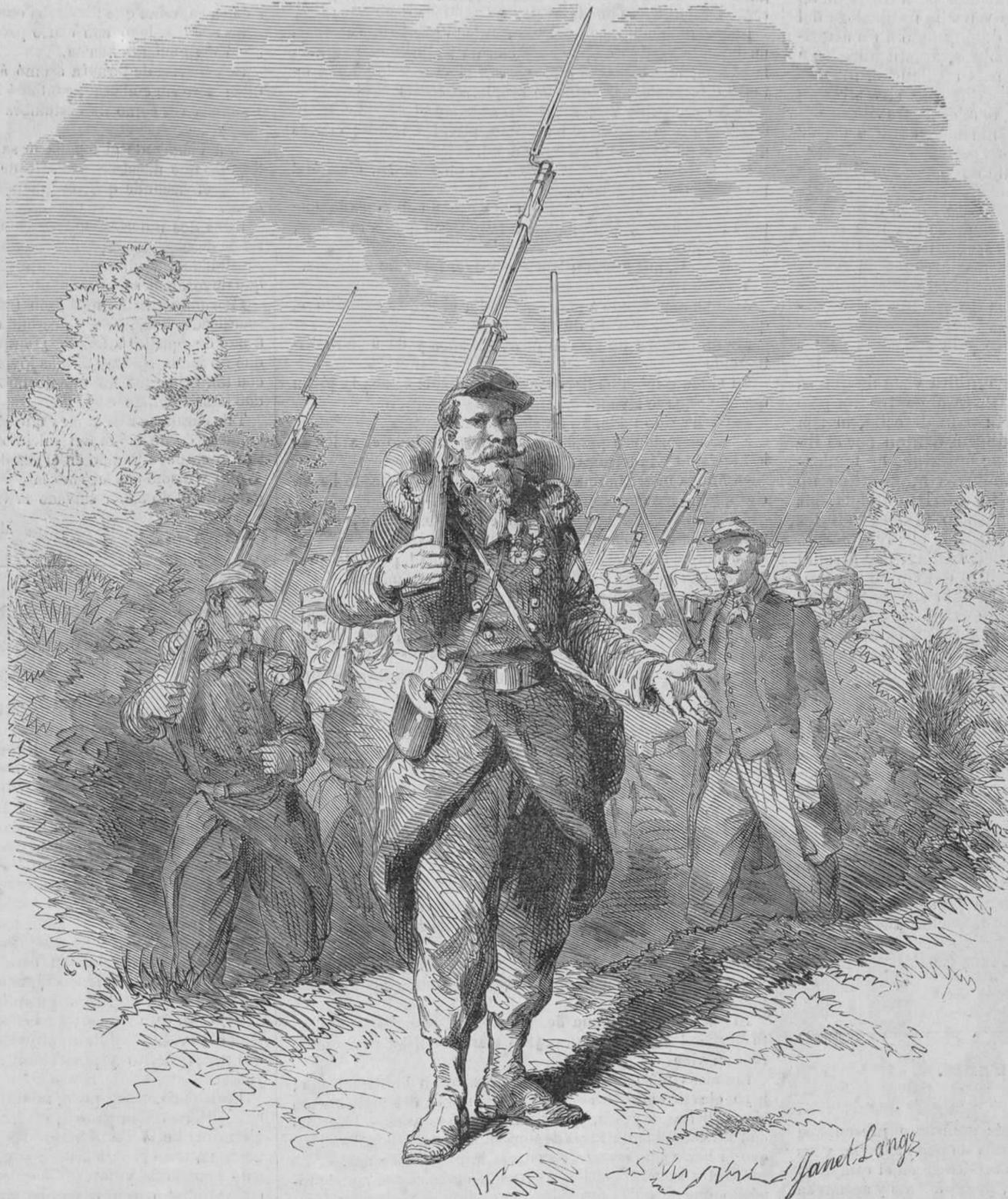
La casa

DEL P. REMEDIOS EN MACAO.

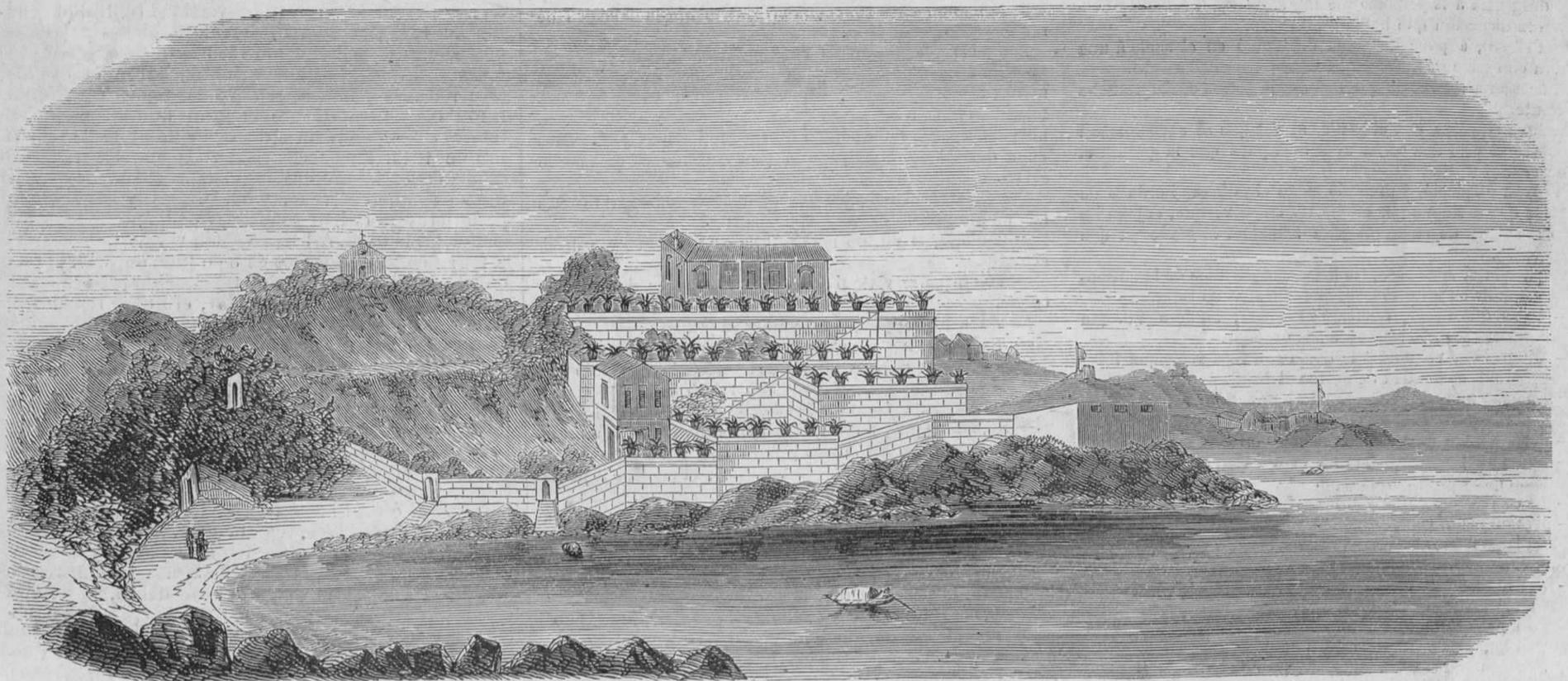
La ciudad portuguesa de Macao en la China, vista por la rada, recuerda en miniatura los grandiosos panoramas de Génova y de Nápoles. La línea curva de la Praia Grande, donde se halla el desembarcadero, presenta una serie no interrumpida de elegantes palacios de arquitectura tropical que se elevan unos sobre otros por la vertiente meridional de la península. En muchos puntos la rica vegetación del país rompe la crudeza de

los tonos demasiado vistosos con que están pintados todos los edificios; pero si la vista se dirige á lo lejos ó sobre las costas de la ciudad, no se ve mas que la naturaleza salvaje, esto es, montañas graníticas en descom-

Por eso todo el mundo sin distinción respeta y estima á ese hombre excepcional, y los chinos particularmente le manifiestan un afecto sin límites, del cual ofrece un ejemplo la construcción de su casa.



UN SARGENTO DEL 43° DE LINEA PRACTICANDO UN RECONOCIMIENTO.



LA CASA DEL P. REMEDIOS EN MACAO. —Copia de una pintura china.

posición, donde una yerba abrasada y algunos arbustos resisten á las grandes lluvias de la primavera.

En una de esas alturas, á un kilómetro al Este de la ciudad, los portugueses del siglo XVI levantaron la fortaleza de la Guia, á cuyos piés fué destrozada la expedición holandesa mandada por el almirante Reyerszoon, que trató de apoderarse de la colonia el 24 de junio de 1622. Una cruz de piedra recuerda todavía el lugar donde el jefe holandés cayó bajo el fuego del fuerte.

En las alturas opuestas, al Oeste de la ciudad, no se veía hasta estos últimos tiempos mas que la ermita de Nuestra Señora de la Peña, que es un punto de romería para las mujeres de Macao en varias épocas del año.

Esa parte de su ciudad natal ha querido embellecer el P. Remedios, mandando construir por los chinos un edificio de estilo mixto que es hoy la admiración de los extranjeros y figura á justo título en el número de las curiosidades mas notables del país.

Entre los europeos que han estado en Macao pocos hay que no hayan tenido ocasión de conocer al P. Remedios y aun de disfrutar de su generosa hospitalidad. El P. Remedios ha sabido apreciar siempre la superioridad europea y la rinde homenaje en todas circunstancias, aunque sosteniendo en varias cosas las ventajas de la nación china, donde él se ha criado.

Los portugueses particularmente

El sitio elegido por el P. Remedios para lugar de su retiro presentaba por su declive y por la naturaleza del terreno obstáculos que habrían desalentado á un arquitecto europeo. Los arquitectos chinos, acostumbrados á construir para los ricos de su país residencias magníficas y casi fantásticas en los puntos mas silvestres de la creación, supieron sacar un partido maravilloso del *Mato da Penha*, levantando un hermoso edificio donde apenas podían antes pasar los carneros.

En el dibujo de la rada, hecho en presencia del natural por un pintor chino, se observará que el arquitecto ha dejado hábilmente varios terrados que crean espacio y que introducen en la perspectiva una agradable combinación de líneas. También el constructor ha querido dar mucho lugar á los jarrones de flores, que constituyen el principal encanto en los jardines de la China, tanto por el brillo y la decoración de la porcelana con que están hechos los jarrones y sus pedestales, como por los ricos colores y la suavidad de las flores olorosas propias del país.

Imposible sería describir la magnífica vista de que se disfruta desde la baranda que ocupa el centro del piso superior del pabellon principal: á la derecha, la isla de los Monos y el paso que conduce á Canton por el interior del distrito de Hiang-chan; entrente, el fondeadero del Tai-pa, donde se reúnen los buques que no entran en el puerto de Macao; y en lontananza, las grandes islas de Lemma, demasiado famosas en los fastos de la piratería; á la izquierda, el archipiélago de Hong-kong, y por último el de Lantao, por el cual se llega á Boca-Tigris, embocadura del río de Canton.

Una idea un poco sombría atraviesa sin embargo el ánimo cuando se contempla desde esa posición elevada el vasto espacio que se tiene á la vista, y es el pensar cuán grande debe ser la violencia de los espantosos huracanes que en esos sitios destruyen los buques, arrancan los árboles mas añejos y los tejados de las casas, y aun derriban á veces los mas sólidos edificios.

Pero el P. Remedios se ha precavido en lo posible contra ese desastre, primeramente empleando materiales de mucha solidez, y luego orientando sus construcciones de tal modo que las ráfagas de viento de donde la tempestad sopla con mas furor ordinariamente, dan en los ángulos de las construcciones y pueden hacer poco daño.

Para concluir manifestaremos mucho deseo de que el fundador de ese bonito dominio pueda disfrutar de él largos años aun para su dicha personal, la de sus conciudadanos, cuya alta administración tiene en sus manos hace mucho tiempo, y para satisfacción de los extranjeros, que reciben ahí la mas cordial y generosa acogida. C.

Revista de Paris.

Paris continúa ausente; no es de gran tono presentarse cuando los árboles se hallan cubiertos de hojas todavía, y los que no se atreven á prolongar su residencia en el campo en los meses de octubre y noviembre, llegan á Paris y apenas se dejan ver de sus amigos íntimos. La crónica debe pues salir de Paris en busca de aventuras.

Hace algunos días un joven artista, visitando el famoso bosque de Fontainebleau tan conocido de todos los pintores parisienses, vió de repente en la encrucijada de un camino un caballo desbocado que pasó junto á él como una flecha, y desapareció entre los remolinos de polvo que levantaba; apenas habia tenido tiempo para distinguir que llevaba una silla de señora.

El artista comprendió al punto que debía haber sucedido una desgracia á la persona que montaba aquel caballo y corrió en la dirección que habia traído este.

Con efecto, á poca distancia distinguió en el suelo á una señora con traje de montar que estaba sin movimiento.

Al acercarse reconoció que una ancha herida ensangrentaba su frente.

Aunque aturdida con el golpe, al ver que se aproximaban á socorrerla hizo una señal al artista para que la quitara el sombrero.

El joven obedeció, y sacando luego el pañuelo bordado de la dama que asomaba por el bolsillo de su vestido, enjugó un poco la sangre de la herida para examinar la gravedad que podía tener.

Al quitarla el sombrero, los hermosos cabellos de la amazona se soltaron en gruesas trenzas salpicadas de sangre.

— No sé qué hacer, exclamó el artista; ¿quiere Vd. que vaya á buscar socorro? Estoy á sus órdenes.

— Mil gracias, respondió la dama con mas valor que fuerza; tenga Vd. la bondad de darme el brazo para llegar allí.

Y señalaba una cuevecilla donde habia un árbol.

El joven la llevó adonde deseaba.

— Sería preciso encontrar agua para lavar la herida.

— No, señor; conozco que no será nada; vaya Vd. á mi habitación que está cerca de aquí.

— Iré corriendo: déme Vd. las señas.

— Siguiendo ese camino hallará Vd. una pradera... mi casa está á la izquierda... una casa blanca con un torreón... está sola en el campo... Dispense Vd. la molestia.

— Voy al instante, respondió el artista.

Y se alejó en la dirección indicada diciendo para sí:

— Yo he visto á esta señora en alguna parte y no la reconozco; en fin, ahora veremos qué gente hay en su casa.

Al extremo del camino halló la pradera, y luego la casa blanca que ofrecía un aspecto opulento.

Cuando se hallaba á poca distancia del edificio, vió que lle-

gaba al trote el caballo que antes encontró desbocado, y que entró en derechura por la verja.

Inmediatamente despues salió asustado por la misma verja un hombre vestido de blanco y con un sombrero de paja en la cabeza, que comenzó á mirar con la mayor inquietud en todas direcciones; al punto se reunieron con él tres criados.

— No se alarme Vd., caballero, exclamó el artista corriendo hácia él; la señora se ha herido, pero levemente; ella es quien me ha enviado á advertir á Vd.

— ¡Alabado sea Dios!... pero ¿cómo ha sido?... añadió el personaje con cierta desconfianza.

— Nada mas sencillo. Viendo un caballo desbocado que pasó junto á mí... quise buscar á la persona que le montaba, y la encontré...

— Gracias, mil gracias; hágame Vd. el favor de guiarnos. Y todos se pusieron en camino.

Aunque marchando á paso acelerado, el artista examinó al que parecia ser marido de la amazona.

Era un hombre de mas de cuarenta años y de un aire distinguido.

En algunos minutos llegaron al sitio donde estaba la joven que al verlos se levantó exclamando:

— No ha sido nada, no ha sido nada.

El desconocido se precipitó hácia ella con todo el ardor de la inquietud y la ternura.

— Amiga mía, ¿porqué has salido sola? Mil veces te he dicho que no me gusta.

Viendo el artista que su papel estaba terminado, saludó para continuar su camino é internarse en el bosque.

Le dieron las gracias con mucha urbanidad, pero sin preguntarle su nombre y sin hacerle ningún ofrecimiento.

El artista se alejó pensando en su aventura.

Cuando llegó la hora de comer y se hubo reunido con sus amigos en la casa que éstos ocupaban en el pueblo, lo primero que hizo fué contarles lo que le habia pasado.

— ¿Conocéis á esas personas? preguntó el artista cuando hubo concluido su narración.

— Si por cierto, respondió uno de los amigos; ella ha tenido accesos de locura, y su marido la ha traído de Paris á Fontainebleau donde reside hace dos años, muy mejorada segun dicen.

— Es singular; á mí me parece haberla visto en alguna parte y no sé dónde.

— Ha sido hasta el día de su enfermedad una de las reinas de la moda; no es de extrañar que la hayas visto.

— ¡Pobre joven! la compadezcó, y ahora me explicó la reserva de su marido.

Ya que estamos en Fontainebleau vamos á contar la breve y triste historia de una señora del gran mundo que se retiró á vivir allí y encontró la muerte.

Esta señora de la alta aristocracia se habia casado á los veinte años con el conde de X..., á quien amaba entrañablemente.

El conde murió de una desgracia en la caza al año siguiente de su enlace, y la condesa juró que seria fiel á su memoria toda su vida.

Entonces fué cuando quiso encerrarse en Fontainebleau; pero el retiro en que se guarece una mujer del gran mundo joven, hermosa y rica, la expone á muchos asaltos. La sociedad aristocrática de Paris deploraba aquella resolución fatal que la hacia perder una de sus mas brillantes estrellas.

Cuantos ruegos la hicieron para que desistiera de aquel propósito que se habia formado, fueron inútiles; ella supo resistir á todas las instancias, y persistió en vivir encerrada en Fontainebleau, si bien es verdad que dejaba la puerta de su casa abierta á sus amigos.

En vista de tal obstinacion, los pretendientes hubieron de resignarse á hacerla la corte en el retiro que se habia elegido.

Dos de estos formaron un gran empeño en la conquista de sus buenas gracias; el uno era un marqués de mas de cincuenta años, y el otro era un vizconde que apenas habia cumplido veinte y dos.

Cada uno de ellos solicitaba ardientemente la felicidad de ser aceptado por esposo.

La condesa les respondía con mucha afabilidad:

— He prometido á mi marido una fidelidad eterna á su memoria; cinco años hace ya que estoy viuda, y me he acostumbrado tanto á la viudez, que no quiero salir de ella. Luego nuestras edades no están en buena proporcion; el marqués tiene demasiados años para mí y el vizconde es demasiado joven.

Entrambos pretendientes combatian estas poderosas razones con un argumento horroroso.

— Condesa, si Vd. no me concede su mano moriré; decia el marqués.

— Yo no podré vivir si no es Vd. mi esposa; decia el vizconde.

La viuda habria podido responder al primero:

— A sesenta años se muere de vejez y no de amor.

Pero como no queria acusarle de fatuidad, le decia solo que dudaba mucho de su muerte por aquel motivo.

Sin embargo, al vizconde le hablaba en estos términos:

— No, amigo mio, no se morirá Vd.: renuncie Vd. á un sueño insensato; ame Vd. á una joven y será Vd. dichoso.

Viendo que la resolución era tan firme, el anciano lleno de pesadumbre cayó enfermo y á poco tiempo murió.

— Su muerte, dijo el médico, ha sido causada por alguna pena, por algun sentimiento muy profundo; sin esa afeccion moral no habria caído enfermo.

— ¡Dios mio! Yo he tenido la culpa de su muerte, pensó la condesa estremeciéndose.

El joven, sin acordarse del triste fin de su rival, insistia por casarse repitiendo su fatídica amenaza; pero como la condesa no veia la menor alteracion en su salud, no se alarmó, sino que por el contrario le decia:

— La juventud es bastante fuerte para soportar semejantes pruebas. A los veinte años no matan las penas de corazón.

El vizconde escribió una carta muy ardiente, que era un súplica suprema que finalizaba con el consabido argumento.

La condesa leyó con cierto placer aquella carta que la pareció divinamente escrita.

Una sonrisa de ternura asomó á sus labios y humedeció sus ojos; pero sin embargo, continuó inexorable en su resolución, y aquella vez como de costumbre respondió con una negativa categórica.

Al día siguiente al amanecer se despertó al ruido de un pistoletazo que dispararon debajo de sus balcones.

Era el vizconde que cumpliendo su palabra se habia suicidado.

Estas dos muertes sumergieron á la viuda en la mas profunda desesperacion; se reconvinó dolorosamente por su insensibilidad, y ninguna excusa atenuaba los remordimientos que devoraban su alma.

¿Porqué se habia mostrado tan inflexible? Debía haberse sacrificado, debía haberse casado de nuevo para salvar la vida á uno de aquellos infelices. ¿Porqué no lo habia hecho? ¿Porqué no habia salvado al mas joven que tenia un porvenir social tan brillante? Aunque no hubiera sido mas que por caridad habria debido casarse.

Tales eran las reflexiones que atormentaban el ánimo de la condesa desde el día del suicidio del vizconde, y que la pusieron en poco tiempo en el estado de salud mas deplorable.

Año y medio despues moria por consuncion, llorando amargamente el no haber salvado la vida al vizconde.

MARIANO URRABIETA.

Estudios crítico-literarios.

ARTÍCULO TERCERO Y ÚLTIMO.

(Conclusion.)

Con el funestísimo reinado del buen Carlos IV; con la larga y devastadora guerra de la Independencia española; con el aciago restablecimiento de cosas y personas, de ideas é instituciones, existentes antes del gran sacrificio del pueblo español por conquistar su libertad y sus derechos, ocurrido en 4 de mayo de 1814; con la serie, en fin, de alternativas y vicisitudes varias, todas políticas, todas por tanto desastrosas y lamentables, por las que desde la precitada época del 14 hasta la del 33 ha pasado nuestra patria, los estudios, como todo, han tenido la misma desgraciada suerte que cupiera al país.

Como en nuestro primer anterior artículo dejamos apuntado, ha habido en este trascurso de tiempo, alguno que otro lúcido intervalo, alguna que otra cual serena ráfaga de luz, alguno que otro apetezible intermedio, en que los estudios españoles parecieron dar señales de vida, saliendo, siquiera por breves momentos, del abatimiento y postracion en que yacian desamparados.

Pero poco, muy poco, adelantaron durante el período calamitoso de la guerra civil. Sin embargo, el plan de Estudios de 4 de agosto de 1836, y la real orden de 29 de setiembre del propio año, aun cuando no lograron una completa y general ejecucion, merced á las circunstancias que atravesaba nuestra patria, no dejaron de aprovechar á la pública enseñanza, y en particular á la enseñanza secundaria, con la acertadísima creación de algunos institutos, y fueron feliz presagio de las mejoras de que este importante ramo iba á ser susceptible.

La traslacion á Madrid de la universidad de Alcalá en 29 octubre de 1836; la progresiva creación de los institutos y demás establecimientos de segunda enseñanza, que desde el siguiente año fué tomando notabilísimo vuelo; el planteamiento de la Facultad completa de filosofía en la despues universidad central (8 de junio de 1843), y diferentes reales órdenes y decretos emanados del poder desde 1838 hasta la citada época; todas estas circunstancias ensancharon el camino, abrieron mas y mas la senda á las reformas, y prepararon convenientemente el gran acontecimiento literario acaecido en nuestras escuelas en 17 de setiembre de 1845. La suerte estaba echada, el gran paso estaba dado, la pública enseñanza se hallaba en un nuevo fecundo terreno, y los planes y reglamentos posteriores no la han fundado, no han hecho mas que completar la obra. Así han venido verificándose el plan y reglamento de estudios de 8 de julio de 1847, el plan de 28 de agosto de 1850, el reglamento para su ejecucion de 10 de setiembre de 1851, el nuevo reglamento de estudios, decretado por S. M. en 10 del mismo mes de 1852, la ley y reglamento provisional del 9 y 24 del ya indicado mes de setiembre de 1857, los programas del 31 de agosto de 1858, y el reglamento, al parecer, y por ahora, definitivo para los establecimientos de segunda enseñanza del 24 de mayo próximo pasado: reglamento que durará, y esto es tan solo dicho de pasada, lo que tarde en llegar al poder otra administración que confeccione otro, si es que esta misma no lo destruye ó modifica conforme ha hecho con la ley.

De todas estas leyes, reglamentos, programas y disposiciones varias; de entre tantos vaivenes y diversas oscilaciones, por las que ha venido pasando, antes como ahora, en lo antiguo como en lo moderno, la pública enseñanza en España; en medio de la agitacion é inestabilidad de que siempre ha sido víctima, por no consultar los gobernantes á los hombres verdadera y únicamente entendidos en este ramo, cuales son los que están en él, los que en él viven, y cuyas ventajas é inconvenientes están tocando todos los días los profesores.

res y maestros, ha sacado aquella gran provecho, ha salido airosa y triunfante, y caminado gradual, aunque lentamente, hacia la natural perfección. En este progresivo adelantamiento, en estas máximas y gloriosas mejoras, la enseñanza de las lenguas sabias (que á este fin se dirigen especialmente nuestras observaciones), ha recibido grande impulso, ha crecido sobremanera; y el estudio del idioma griego, ya casi olvidado en nuestros cuerpos enseñantes, merced á tan larga serie de contratiempos y disturbios, ha cobrado una animación y recibido una vida que promete dar á nuestro país nuevos y justamente esperados dias de gloria literaria.

En los diversos planes, reglamentos y disposiciones sobre instrucción publicados desde el de 1843, este importante estudio se ha restablecido, primeramente, en casi todas nuestras facultades, letras, ciencias, teología, industria, farmacia, etc.; y en segundo lugar, y por las disposiciones de la ley de 9 setiembre de 1857 y reglamento consiguiente del 24 del propio mes y año, se ha extendido á nuestros establecimientos de segunda enseñanza públicos y privados, del gobierno y particulares; y con esta prudente y acertadísima medida, nuestras aulas mayores y menores han acrecentado su animación literaria, han ensanchado el círculo de sus conocimientos filosóficos, han asentado, con el ayuda de la tecnología griega, los restantes estudios sobre mas sólidas bases, y con este nuevo adelantamiento nos han colocado en este punto al nivel de las mas adelantadas naciones extranjeras.

En tan poco tiempo, y en espacio tan corto, mucho y muy buen camino llevamos empujados. Nuestros profesores de griego de las universidades se han apresurado á dar á luz excelentes gramáticas, correctos textos bien redactados, manuales de literatura griega y otros libros importantes por el estilo: que tal han hecho don Saturnino Lozano y Blanco, el decano de nuestros estudios lingüísticos, el padre del moderno estudio del idioma griego entre nosotros, el celoso guardador, como él mismo dice con complacencia a sus discípulos, en el número de los que no há mucho nos contábamos, del fuego sagrado de este antiguo idioma en los altares de la abandonada Vesta, y autor de una excelente obra gramatical, que objeto y tema será de nuestras próximas tareas; don Lázaro Bardon y Gómez, discípulo el mas aventajado del señor Lozano, como esté distinguidísimo maestro de lenguas y literatura griega en la Central, reputado filólogo, entendido orientalista, laborioso profesor y autor notable de las bien recopiladas y por su propia mano ordenadas é impresas *Lectioe græca*, de que ya con aplauso nos hemos ocupado frecuentemente en estos artículos; don Canuto Alonso Ortega, modesto cuanto ilustrado decano de la facultad de filosofía y letras de la universidad de Valladolid, antiguo y bien acreditado profesor de lengua griega en la misma, autor de una excelente gramática teórico-práctica de este divino idioma, há tiempo aprobada por texto en nuestras escuelas; obra notable por muchos conceptos, de la que también nos hemos ocupado mas de una vez, y que deseáramos vivamente tuviese en cuenta el gobierno para generalizar su adopción á los establecimientos de segunda enseñanza; don Raimundo Gonzalez Andrés, entendido y laborioso joven, á quien ni de vista siquiera tenemos el honor de conocer, cosa que nos pasa con la inmensa mayoría de todos aquellos de quienes en buen ó mal sentido nos ocupamos (apresurándonos á declararlo así, para que no se crean ó vendidas ó por la malevolencia guiadas nuestras humildes palabras y pobres apreciaciones); el señor Andrés, repetimos, joven de gran porvenir para este linaje de estudios clásicos que le aconsejamos muy de veras, y como jóvenes también nosotros, cultive con ardor incansable, dejándose de la política y de la empleomanía, encaminando su clara inteligencia hacia los modestos, pero gloriosos trabajos de la cátedra de idioma griego, que con tanto acierto desempeña en la universidad de Granada, y de la que ya nos tiene dada, aunque corta, una brillante muestra en su *Manual de la literatura griega*; obra buena, sí, pero á la cual le aconsejamos dé mayores proporciones y mas extenso alcance; don Antonio Bergnes de las Casas, sabio filólogo también, notable lingüista, conocido escritor literario, profesor ya antiguo de idioma griego en la universidad de Barcelona, autor de una buena, aunque demasiado erudita y un tanto complicada gramática de esta asignatura, cuya última y mayor edición nos gusta mas que la primera, á pesar de sus frecuentes reminiscencias de la gramática de Burnouf, y autor también de una *Chrestomathia* estimable, que sirve há tiempo de texto en nuestras escuelas; y otros profesores y maestros de nuestros grandes cuerpos enseñantes, cuyos nombres pudiéramos citar con estimación y aprecio, que aunque voluntariamente ocultos en la modestia de la cátedra ó del oscuro gabinete, son empero profundos y concienzudos conocedores del idioma y letras de la antigua Helade.

Dentro de la facultad de filosofía, aunque fuera de la misma asignatura, se hallan también grandes inteligentes en este ramo del saber, distinguidos helenistas, cuyos trabajos en este punto ó en los á él concernientes han merecido el aplauso y aceptación de los hombres verdaderamente interesados en el desarrollo y acrecentamiento de tan importantes clásicos estudios. El nombre del profesor de hebreo de la universidad central, don Antonio María García Blanco, distinguido orientalista, el primer hebraizante de nuestra patria, ventajosamente conocido en esta y en el extranjero por sus numerosas y profundas publicaciones sobre el idioma

de los hijos de Israel; el nombre del señor don Pedro Felipe Monlau, profesor igualmente de nuestra universidad literaria, autor de un *Diccionario etimológico* de la lengua castellana, obra la primera en su género entre nosotros, notabilísima por mas de un concepto, y que como pueden ver los ilustrados lectores de *la Revista*, arguye en su sobremodera laborioso autor grande y extenso conocimiento de las lenguas antiguas y modernas, orientales y occidentales; y el nombre, finalmente, del ilustrado cuanto modesto y virtuoso padre don Inocente Palacios, provincial ahora de los establecimientos de Escolapios de Castilla, y antiguo y nombrado profesor de las fundaciones debidas al celo inteligente y piadoso de san José de Calasanz; autor de un excelente diccionario greco-español, el primero, según nuestras noticias, que se publica en nuestro patrio idioma, y según los inteligentes, que nosotros no hemos tenido aun ocasión de examinarle, obra digna de los trabajos publicados en esta difícil materia por el holandés Cornelio Schrevelio, Josefo Hill, el suizo Juan Scápula, el francés Enrique Stefano ó Eddas, y el inglés Daniel Schött, y otros mas modernos ó contemporáneos, obra eminente, de que mas tarde nos ocuparemos, por la que, en nombre de todos los amantes de las letras clásicas españolas le damos tan sinceras cuanto fervorosas gracias, aconsejando á todos nuestros establecimientos de instrucción, universidades é institutos, le adopten por texto en sus estudios.

Mucho sobre este particular, y en este mismo tono, podríamos ir diciendo, ó mejor dicho, añadir á lo que ya llevamos expuesto.

Para terminar, diremos brevemente, que las brillantes oposiciones de lengua griega que para proveer algunas cátedras de este idioma en nuestros institutos de segunda enseñanza de provincias, acaban de verificarse en la corte, ante un tribunal tan imponente como entendido, y de que todos tienen conocimiento; oposiciones brillantísimas, en que se han elevado á grande altura nuestros amigos don Valeriano Fernandez Ferraz, don Mamés Esperabé y Lozano, don Emiliano Tarazona y Barragan y otros distinguidos jóvenes, á quienes no nos cabe la honra de conocer, pero á quienes de todas veras felicitamos, han dejado bien puesto el pabellon de los estudios clásicos en nuestra patria, y manifestado una vez mas que en el país de los Brocenses, de los Lebrijas, de los Nuñez, de los Correas, de los Vergaras y otros, dichos estudios han encontrado ardientes y aprovechados cultivadores.

ANTONIO DE AQUINO.

A la muerte de un amigo.

Fuiste el amigo de mi edad primera,
Amistad nos unió, pura, inocente;
La esperanza brillaba en nuestra frente
No conociendo del mundo la quimera.
En él entonces los placeres vimos,
Sendas sembradas por do quier de flores,
Unimos mas y mas nuestros amores
Y muchos años sin dolor vivimos.
Mas estos, trascurrieron diligentes;
La imagen deledeñ que nos guiaba,
De día en día la máscara arrancaba
Agostando el candor de nuestras frentes.
De pronto aquella senda oscurecióse,
Ante nosotros en vez de bellas flores...
Con espanto á la vista presentóse
Un desierto, no mas, con sus ardores.
Pensamos no cruzar aquel camino,
Al pasado volver locos tratamos;
Arrastrados allí del torbellino
En vano por volver atrás luchamos.
Después, cruzando los revueltos mares
Viste tu barco combatir las olas,
Recordabas tu patria, tus cantares,
Lejano de las playas españolas.
¡Ay! ¡Para siempre de España te marchabas!
¡No he podido otra vez siquiera verte!
¡En volverme á abrazar siempre pensabas...
Y lo vino á impedir el fin... la muerte!
¡Si puedes escuchar esta voz triste
Del amigo leal que por tí llora...
Responde por favor, dile que existe
Una vida do estás consoladora!

ANGEL MENENDEZ LLOVERA.

Las excavaciones hechas en Cartago.

Conocidas son las vicisitudes que han dejado huella en la historia de Cartago. Fundada por una colonia Tiria 860 años antes de la era vulgar, la ciudad fenicia extendió rápidamente su comercio, y se elevó á un grado de poderío que amenazó un instante á la influencia romana. Dueña de una parte de la Sicilia y de la España, inspiró con sus invasiones temores muy serios para la libertad en Italia y la seguridad de las posesiones romanas en el exterior. Todo el mundo recuerda aquel grito del patriotismo romano conmovido con los progresos de la influencia cartaginesa. ¡*Delenda est Car-*

thago! Esta destrucción que Roma anhelaba ardientemente vino á tener lugar al cabo de largas guerras el año 146 antes de nuestra era, por Escipion, el segundo africano. Sin embargo, el genio que hizo la prosperidad y la grandeza de la ciudad fenicia resucitó de sus ruinas; apareció una nueva Cartago, pero contenido vigorosamente el espíritu de sus habitantes por la dominación romana, no consiguió desarrollarse en toda libertad, y Cartago quedó reducida al estado de colonia romana. Cuando el imperio se debilitó en manos de los emperadores de Oriente, los vándalos se apoderaron de Cartago, y hasta la época de Justiniano no volvió á entrar bajo la obediencia de sus soberanos anteriores. En 693 los árabes se apoderaron de Cartago y la destruyeron tan completamente, que se podía creer que solo existía de ella el lugar que había ocupado.

Largo tiempo en efecto se pensó que no subsistía ya ningún vestigio de la ciudad famosa; las investigaciones hechas repetidas veces parecían confirmar esta opinión, pero las excavaciones practicadas últimamente por M. Beulé, francés de mucho celo é inteligencia, han venido á probar, según la feliz expresión del joven profesor, que por grandes que sean los conquistadores, su influencia, aun para destruir, es limitada.

Alentado por este pensamiento y sostenido por su amor á la ciencia, M. Beulé ha formado la resolución de sondear las profundidades del suelo de la antigua Cartago, persuadido de que debía descubrir monumentos que no pudieron llevarse los hombres.

A principios de febrero de este año, M. Beulé puso manos á la obra, y destinó un crecido número de obreros á practicar excavaciones en el sitio de Byrsa, la acrópolis de Cartago, situada en una colina perteneciente á la Francia después de la concesión que se hizo al rey Luis Felipe para la creación de una capilla dedicada á la memoria de san Luis. Estos trabajos dirigidos con el mayor acierto, en virtud de inducciones históricas, han hecho que se descubran las fortificaciones de Byrsa, monumento curioso que restituye á la ciencia arqueológica nociones que se creían perdidas sobre la arquitectura púnica.

Feliz inspiración ha tenido M. Beulé para llegar á este descubrimiento. El joven profesor trató primeramente de determinar con sondeos la profundidad de la roca que debía formar necesariamente el núcleo de la colina. Conjeturaba con fundamento que esa roca, mas cerca en otro tiempo de la superficie de la colina, había debido servir de base á las grandes construcciones. Los resultados obtenidos dieron razón á esta conjetura. En breve las excavaciones pusieron á descubierto restos de grandes construcciones, y á medida que los obreros adelantaban, se veían grandes trozos de muros que presentaban entre sí un sistema de reunión en el cual era fácil reconocer los fragmentos de un edificio antiguo.

Estas ruinas estaban cubiertas con una capa de cenizas de un metro de espesor. Hallábanse llenas de hierro machacado, de bronce fundido, de pedazos de cristal y de vasijas, que fueron para M. Beulé pruebas evidentes del incendio que devoró una parte de Cartago á los ojos de las legiones de Escipion. Estos muros formaban las fortificaciones de la antigua ciudad fenicia.

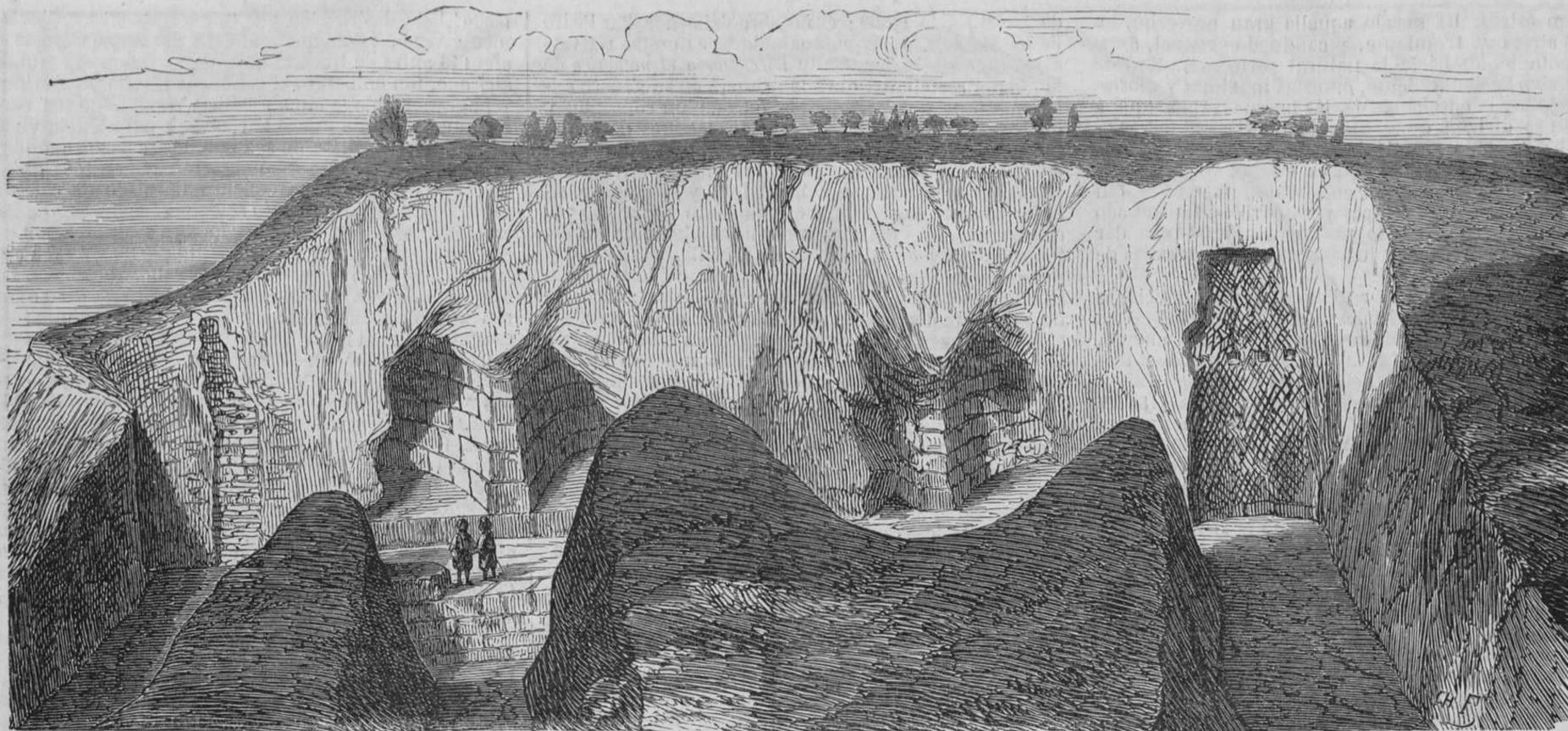
La descripción que ha dado M. Beulé en una carta comunicada á la Academia de inscripciones y bellas letras, de los materiales y modos de construcción que ha reconocido, suministra una nueva luz á la historia del arte, al propio tiempo que procura documentos preciosos para la historia general.

Pero según el joven profesor, el plano es mas notable aun que los detalles de la obra, porque no se parece á ningún plan conocido. «Figurémonos, dice M. Beulé, un muro de 31 pies de grueso que tiene en su interior un pasaje y varias salas; por arriba habrían podido pasar de frente no dos carros como en Babilonia, sino cuatro. El lado que mira al enemigo es macizo durante 2 metros, y protege un corredor de 4^m,90 de anchura, que solo debía tener la altura de un hombre; mas arriba el muro recobraba una fuerza de 3^m,90 y aun de 4^m,30. Contando la hilera de cimientos que separaba las salas interiores y el corredor, aun queda un grueso de 5^m,80, en el cual habia compartimientos semi-circulares. Cada sala tenia 3^m,30 de anchura, y estaba separada de la siguiente por un muro de 1^m,12.»

Estas construcciones púnicas no subsistieron mas que hasta la tercera parte de su altura; de modo que no suministran ninguna indicación sobre sus pisos superiores. M. Beulé ha encontrado elementos de ornato de piedra dura que parecen haber pertenecido á pisos diferentes.

Otro monumento de distinto carácter ha sido descubierto por M. Beulé, y es el templo de Esculapio. La descripción que ha dado el joven profesor de las partes limpias hasta hoy, recuerda la idea de un edificio de la época romana. Estas ruinas se hallan situadas en el mismo sitio en que se ha edificado la capilla de San Luis. M. Beulé ha reconocido sucesivamente cinco nichos de 6^m,25 de anchura, separados por muros de 96 centímetros de grueso. Otros dos nichos indicados por el plano general están bajo el cementerio. Estos siete nichos que terminaban siete salas abovedadas presentan en fachada un desarrollo de 51^m,45. Se hallan contra un muro de 2 metros que se ha descubierto fuera de San Luis en un espacio de mas de 100 metros.

La cúpula central está adornada con tarjetones de estuco; los ornatos se destacan en relieve ligero; los arcos y los canales presentan algunas señales de colorido. Entre los muchos restos del templo de Esculapio se hallan magníficos fragmentos de mármol blanco de una



EXCAVACIONES HECHAS EN CARTAGO POR M. BEULE. -- RUINAS DE LAS FORTIFICACIONES PUNICAS DE BYRSA.

proporcion considerable, y del hermoso estilo del siglo de Augusto. Las columnas tenian 3 metros de circunferencia.

En otra parte de Byrsa ha descubierto M. Beulé un bajo relieve que representa el templo de Júpiter, cuyo sitio ha podido determinar. Este templo era de órden jónico, en tanto que el templo de Esculapio era de órden corintio.

Todos aquellos á quienes interesa la historia del arte comprenderán la importancia de los descubrimientos que debe la Francia á las obras de M. Beulé, obras que el jóven profesor ha emprendido á su costa. «La Francia, dice M. Beulé, posee en el recinto mismo de San Luis la ruina mas hermosa y mejor conservada de Cartago. No exceptúo mas que las cisternas, obra de utilidad. Por una rara fortuna



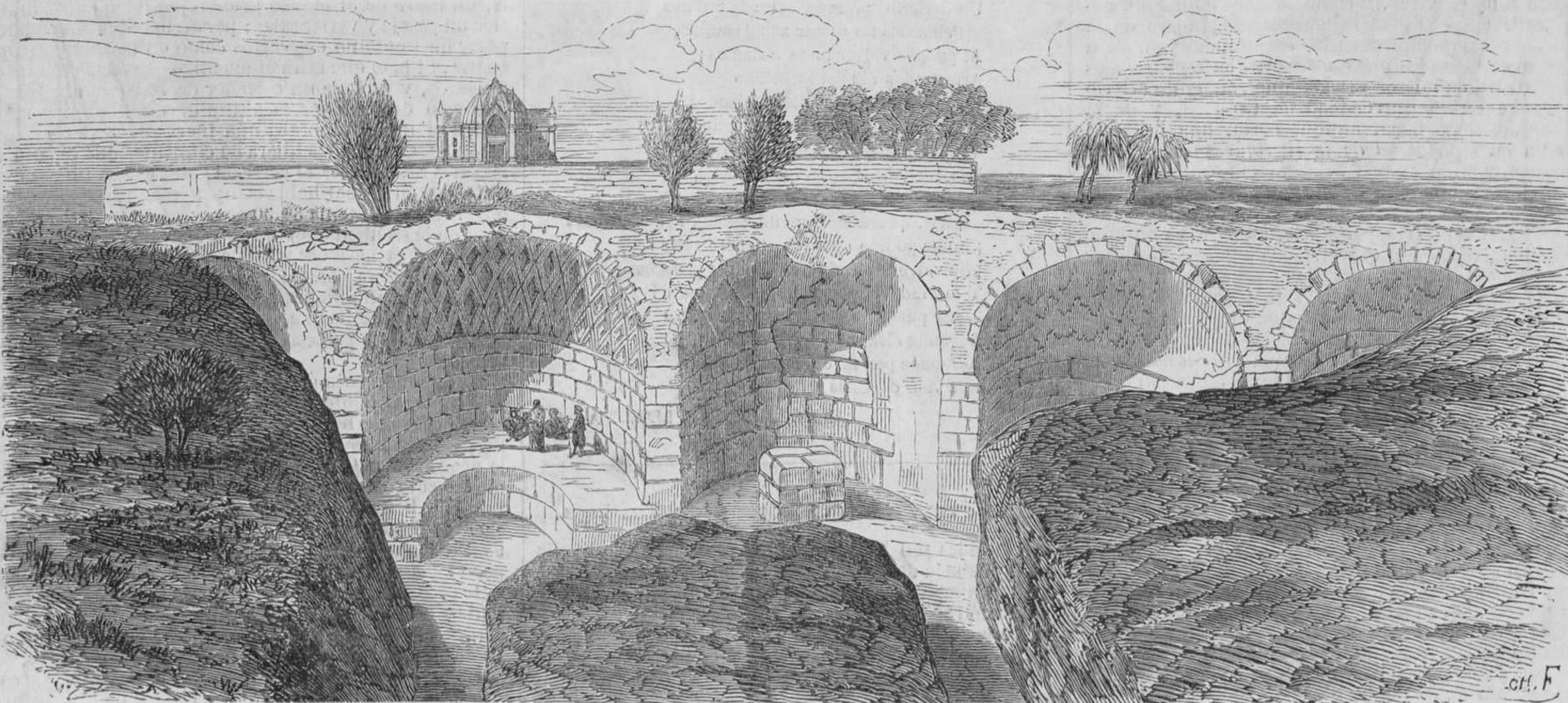
FRAGMENTO DE LAS MURALLAS DE BYRSA.



INTERIOR DE LAS MURALLAS DE BYRSA.

el eje de este edificio es el eje de San Luis, y la bóveda central corresponde exactamente á la verja del jardin y á la puerta de la iglesia, de modo que sacando la tierra, la iglesia de San Luis quedaria levantada sobre un basamento de siete cúpulas, que se diria han salido á luz para formarla un pedestal grandioso. La tierra serviria para terminar la esplanada delante de la verja que he extendido ya mucho á fin de que domine la llanura, el mar y una vista tan hermosa que ni Roma, ni Constantinopla, ni Atenas pueden tener otra igual. Esto le toca al gobierno. Lo que ha hecho la Francia en Egipto, en Ninive, en Babilonia, en Olimpia y en Atenas, ¿porqué no lo haria en Cartago en un territorio que la pertenece?»

F.



EDIFICIO ROMANO DEBAJO DE LA CAPILLA DE SAN LUIS.

ch. F.



TECHO DE PABLO VERONÈS COLOCADO EN EL MUSEO DEL LOUVRE.

Pintura de Pablo Veronés

RECIENTE COLOCADA EN EL MUSEO DEL LOUVRE.

El techo de Pablo Veronés que ha sido trasladado este año del aposento de Luis XIV en Versalles al salón cuadrado del Louvre, fué ejecutado por el artista cuando poseía todo el vigor de su talento y adornaba en Venecia la sala del consejo de los Diez en el palacio ducal. Sabido es que el consejo de los Diez se hallaba investido de un poder soberano é inquisitorial muy terrible. La pintura alegórica de Pablo Veronés representa á Júpiter castigando los crímenes y los vicios en que entendía el temible tribunal de los Diez, entre otros el de la fabricacion de moneda falsa, y la rebelion figurada por un hombre que rompe sus lazos.

Hay alguna incertidumbre acerca de los dos vicios restantes; pero la precision es aquí una cosa de poca importancia. Como uno de esos vicios sometidos á la policia del consejo era tan infame que su representacion figurada era imposible, Pablo Veronés le reemplazó con otro asunto que le ha suministrado un hermoso grupo. La idea le ocupa poco; lo que busca es un pretexto cualquiera para el movimiento y el colorido. No es preciso pues detenerse á discutir su simbólica insuficiente ó oscura; pero sí hay que admirar la fuerza de la espontaneidad, el vigor del dibujo, la audacia fácil de los escorzos, el movimiento de las líneas, el brillo de la luz y la armonía del colorido... Es una obra maestra, donde si en verdad falta la corrección de la escuela romana y de la escuela florentina, se nota una inteligencia mágica del efecto luminoso que no conocieron aquellas escuelas.

Sin embargo, examinando atentamente esa vasta composicion, se observa que el Júpiter que se precipita de lo alto del cielo no tiene la grandeza ideal que debería pertenecerle, y que las líneas de esa figura no se hallan combinadas de un modo feliz; pero es cierto tambien que esta es una pintura de techo, y la figura de Júpiter es la que mas pierde vista en la nueva colocacion que tiene en el día.

Este lienzo de Pablo Veronés fué traído á Francia en el año 1797. En los últimos tiempos del Imperio fué sacado del Museo del Louvre, y pensaron en adornar con él el techo del aposento de Luis XIV en el palacio de Versalles. Para que se adaptara mejor, le cortaron en tres grupos y despues de esta mutilacion, tuvieron la audacia de completar la pintura llenando los claros con nubes y un pedazo de cielo. Las restauraciones que se han hecho en el aposento de Luis XIV, obligaron á quitar estas pinturas del gran maestro veneciano, que han vuelto al Louvre despues que han recibido de nuevo su integridad primitiva. J. D. P.

EL PAYASO.

(Conclusion.)

¡Ay! Preciso es confesarlo, ella le recibió con el placer de la mujer enamorada. Ambos se adelantaron en la escena y se sentaron en el banco, y allí, despues de hacer una pantomima amorosa que duró algunos minutos, se durmieron en los brazos uno de otro con tanta confianza, como pudieron dormirse Adán y Eva una vez arrojados del paraíso.

Así dormían cuando llegó el Payaso, que volvía tranquilo y alegre como un buen barbero que ha despachado prontamente algunos parroquianos, y siente en sus bolsillos el peso de la moneda que su trabajo acaba de producirle.

Al verlos sus piés se quedaron clavados en las tablas, y abrió desmesuradamente los ojos y la boca.

Se conocía que no quería creer en su desgracia.

Pero la realidad estaba allí, y en breve á ese primer estupor sucedió una curiosidad intensa que le hizo acercarse mas para mirarlos.

Los dos amantes dormían enlazados uno á otro; su respiracion suave y serena se confundía.

El Payaso tuvo un instante de rabia muda y terrible, durante el cual buscó en su derredor un arma cualquiera para herir á los culpables.

Luego llegó la reflexion y meditó su venganza fría y lentamente como saboreándola en cierto modo.

Las ideas surgían una por una implacables y sin intersticios.

Cuando hubo concebido su plan, los miró por última vez, y despues de haberse reído silenciosamente, se alejó; pero á poca distancia del sitio en que ellos estaban, dejó caer su bacia y su bola de jabón.

Al ruido Arlequin y Colombina se despertaron sobresaltados, y Arlequin desapareció entre los árboles.

Colombina queriendo dominar su emocion, se fué al encuentro de su marido, y este la dió un beso, muy risueño, como si nada hubiera visto.

En aquel instante Casandro salía de la casa y daba los buenos días á su yerno; este le devolvió el saludo. Entre tanto Arlequin, que habia dado la vuelta á los árboles, llegaba con el sombrero en la mano y saludaba humildemente al Payaso.

Los cuatro actores presentaban en aquella colocacion el aspecto correcto y gracioso de los tipos de la comedia italiana; el público los veía con gusto, y la escena en el arte funambulesco no podía ser mas propia.

Poco despues Casandro suplicó á su yerno que le afeitase. El Payaso le sentó en una silla, le puso la bacia bajo la barba, le llenó de jabón hasta las cejas, y sacó del bolsillo una enorme navaja de cartón. Despues de haberle rascado las megillas, le pasó la navaja rápidamente por el cuello.

Casandro espantado saltó de su silla á tres pasos de distancia.

Entre tanto el Payaso se adelantó con gracia en la escena, mostró al público la navaja, y se echó á reír encogiéndose de hombros.

Cuando concluyó con Casandro, preguntó á Arlequin si quería que le afeitara.

Arlequin dijo que sí, y el Payaso le sentó en la silla; pero en vez de ponerle la servilleta bajo la barba, se la ató un poco mas abajo de los hombros á los dos palos de la silla para impedirle el movimiento de sus brazos.

Entonces le miró con alegría, y luego sacó de su bolsillo, donde la habia guardado para hacer sus preparativos, la navaja que debia emplear en la operacion. Yo me hallaba muy cerca de la escena y seguía todos los movimientos con un interés extraordinario.

A la vista de la navaja el desgraciado Arlequin hubo de asustarse de tal modo que sin duda no podía hablar, pues sus labios se agitaban convulsivamente sin que saliera de ellos ningun sonido.

Noté que el Payaso, cuyos ojos brillaban con un fuego diabólico, le sujetaba en la silla con sus rodillas y su mano izquierda, empleando en esto una fuerza increíble.

De repente con la mano derecha le echó la cabeza hacia atrás para afeitarse mas cómodamente.

En aquel instante, ¡cosa singular! me pareció que no tenia en la mano el inofensivo instrumento que sacó algunos minutos antes, sino que le habia reemplazado con una navaja verdadera de enormes dimensiones.

Me incliné mas aun, y mi corazón se oprimió, mi vista se oscureció con un velo; acababa de reconocer la navaja enorme de la calle Saint-Jacques.

Quise precipitarme dando gritos, pero era tarde ya; con un movimiento rápido el Payaso le cortó á su rival la cabeza, que desprendiéndose del tronco fué á rodar por detrás de la silla.

Los espectadores, sin comprender todavía lo que pasaba, se levantaron en masa para ver mejor; el Payaso, cuya vestidura blanca estaba salpicada de anchas gotas de sangre, se adelantó con gracia en la escena como habia hecho despues de afeitarse á Casandro, y enseñando el filo ensangrentado de la navaja; luego alzándose cuanto pudo, dijo gravemente:

— Ya sabía yo que cuando matara á Arlequin, Colombina me amaría.

Y dicho esto cayó cuan largo era sobre el tablado.

La concurrencia apenas podía comprender aquello; pero por todas partes hubo un tumulto espantoso.

Sin embargo, salieron cuatro hombres que se llevaron la cabeza y el cuerpo de la víctima, y cayó el telón.

Un instante despues, le alzaron de nuevo, y el director de escena pronunció estas palabras:

« Señores, acaba de suceder una desgracia horrorosa; Carlos ha asesinado á Polidoro. »

— Señores, añadió el comisario de policia que tambien habia salido al tablado, invito á la concurrencia á que se retire sin desórden.

Estas dos frases eran como el acta oficial de la muerte del pobre Arlequin. Eran casi necesarias, pues en los pocos minutos que acababan de transcurrir, la muchedumbre se inclinaba á creer en un acontecimiento fantástico mas bien que en un crimen.

Sin embargo se retiró horrorizada.

Yo habia saltado al escenario y habia corrido á los bastidores.

Encontré á Servieux preso de convulsiones muy fuertes tendido en el sofá de su cuarto.

A su lado estaban el médico del teatro, el comisario de policia y dos de sus agentes.

A pocos pasos de distancia los mozos de servicio, despues de haber envuelto el cadáver y la cabeza del infeliz Polidoro, los colocaban en un área, un féretro provisional.

Alejandrina estaba desmayada en un rincón, pero nadie hacia caso de ella.

Los artistas y los comparsas, todos muy conmovidos, iban del féretro de Polidoro al cuarto de Servieux.

Cuando las convulsiones de este último se calmaron un poco, propuse que le trasladaran á su casa. El médico aprobó, y el comisario de policia permitió que así se hiciera, pues deseaba sustraerse á tanto ruido como se hacia en nuestro derredor.

Una hora despues Servieux estaba en su cama. Las convulsiones habian cesado, y por una reaccion singular dormía con un profundo sueño.

Tenia todavía en el rostro algunas manchas de harina, y la sábana blanca bajo la cual se dibujaban sus miembros, le revestía en cierto modo de su fatal traje de Payaso.

Yo estaba sentado junto á él y le miraba. Me parecía que así habia debido hallarse en su casita de campo, cuando extenuado de fatiga se acostaba para descansar durante aquellas tristes noches de otoño ó de invierno, cuando ensayaba el terrible papel que debia representar mas tarde.

Por fuera la lluvia caía á torrentes, y el viento que soplaba con furia gemía al revolver las esquinas de las calles.

El médico y el comisario de policia hablaban en voz baja cerca de la lumbre.

Los dos agentes estaban en el cuarto contiguo.

De tiempo en tiempo el médico se levantaba, tomaba el pulso al enfermo y volvía á sentarse.

El comisario acabó por adormecerse. Servieux seguía durmiendo, pero un gran cambio se operaba en su estado. Sus miembros estirados hasta entonces tomaban un movimiento suave y se cubrían de sudor; una ligera sonrisa asomaba á sus labios entreabiertos; únicamente su rostro se ponía mas pálido.

Llamé al médico para que observara todos esos síntomas.

— Sucede lo que me esperaba, dijo despues de haberle tomado el pulso por última vez; la muerte se aproxima, pero antes se curará de su locura. Se despertará en su sano juicio.

Efectivamente, á las seis de la mañana, cuando se veían los primeros rayos de la luz naciente, Servieux se despertó.

El médico, el comisario y yo estábamos al rededor de su cama.

Mi amigo nos miró á todos con una mirada suave y melancólica.

— ¿Sois vos? me dijo estrechándome la mano; el otro es el médico, y ¿el otro? añadió mirando al comisario de policia.

Vaciló un instante, y al fin reconoció al comisario á quien habia visto en el teatro repetidas veces.

Entonces recordó de súbito lo que habia pasado; se estremeció de piés á cabeza, y tapándose la cara con las manos, exclamó:

— ¿Con qué es verdad que le he asesinado? ¡Infernal!... ¡Y de qué modo!

Las lágrimas que saltaron abundantes de sus ojos parecieron calmarle algun tanto; luego dijo en voz baja:

— Dios me perdonará, no sabía lo que hacia.

Y al cabo de una pausa continuó con mas serenidad:

— ¡Qué cosa tan espantosa es la locura! Creo salir de un sueño horroroso é incomprendible. — ¿Os acordais, preguntó dirigiéndose á mí, de aquella noche que pasamos juntos en los Funámbulos? Allí estuvo el punto de partida. Debureau me causó una impresion indefinible. Su alegría, que hacia reír á los espectadores, me pareció muy triste y muy cruel, me pareció hija de un efecto casi sobrenatural. Mi razon vacilaba ya, y despues se deslizo por una pendiente en que me fué imposible detenerla. Quise encarnar en mí el genio del mal, y cuando pensé haberlo conseguido, tuve miedo, quise guarecerme en un amor humano... ¡y qué mujer elegí! Pero creo haberlo dicho ya todo esto en mi carta. Despues me habeis visto trabajar; he debido ser un gran artista, no es extraño; tenia en mí el genio de la locura.

Su lengua comenzaba á entorpecerse.

— Quisiera ver un sacerdote, me dijo.

Y se recogió muy débil sobre la almohada.

Media hora despues recibió los últimos sacramentos, nos estrechó la mano á cada uno de nosotros, á mí mas tiempo que á los demás, cruzó los brazos sobre su pecho, cerró los ojos y exhaló el último suspiro.

Me habia nombrado su ejecutor testamentario.

Por ese testamento, que sin duda habia escrito en un momento de lucidez, legaba la mitad de lo que poseía á su anciano criado de Mont-Assise, unos diez mil francos, y la otra mitad era para Alejandrina, á fin, decia con una ironía singular, de que no tuviera que echarle en cara que le habia hecho perder su posicion en el teatro de los volatineros de donde la habia sacado.

Al otro día, por un tiempo frio y brumoso, le acompañé casi solo al cementerio de Montmartre, donde quiso que le enterraran en la sepultura de su familia.

Para evitar el ruido que la curiosidad pública sin duda habria querido hacer en torno del féretro de aquel gran artista, la autoridad exigió que el entierro se hiciera muy temprano, y no se repartieron esquelas de convite.

Cuando la ceremonia, que fué muy corta, estuvo terminada, y se retiraron las pocas personas que habian asistido á ella, yo me quedé muy conmovido delante de aquella bóveda sepulcral que acababa de recibir su último huésped.

Poco á poco me entró una tristeza muy semejante á la que habia experimentado la noche de la cena con mi amigo, Polidoro y Alejandrina.

Únicamente en aquella noche mi tristeza preveía en cierto modo el porvenir, y ahora se volvía hacia lo pasado. Me preguntaba si todos aquellos sucesos que habian tenido lugar en un mes eran reales y positivos, y si aquel hombre que conocí yo tan lleno de fuerza, de inteligencia y de vida, yacía verdaderamente en aquella sepultura.

Al mismo tiempo pensaba en el limite tan estrecho que separa á veces al genio de la locura, y en el implacable destino que á menudo hace tropezar á los hombres con la impotencia y con la muerte, en el momento en que creen haber llegado á la realizacion de sus esperanzas ó de sus sueños.

Entonces tuve una duda amarga y cruel.

— ¿Para qué vivir, me dije lanzando una mirada en mi derredor, si los esfuerzos y los combates de la vida deben prematuramente conducir á la soledad y á la nada?

Largo rato permanecí sumergido en este pensamiento con la cabeza al aire bajo la densa niebla y el cuerpo medio inclinado sobre la verja que rodeaba la sepultura.

Cuando alcé la cabeza, el sol habia atravesado la bruma, y sus rayos resplandecían entre el follaje siempre verde de los cipreses y los pinos como la aurora de un día nuevo. La tumba me respondía quizá que es pre-

ciso luchar y sufrir en este mundo para merecer al morir una existencia nueva exenta de las agitaciones y de las borrascas del mundo.

H. R.

El puñal de plata,

POR FILIBERTO AUDEBRAND.

I.

En medio de la llanura inmensa, árida y estéril que se extiende á algunas leguas de la ciudad de Montluzon se veía una miserable cabaña de tierra con techo de paja y hojarasca, donde hace unos veinte años vivía Juan Barbeau, cuya única industria era cortar los troncos secos de los bosques y matorrales del contorno.

Cerca del hogar donde ardian enormes tizones de pino se veía sentada una mujer de veinte y cinco años, pero que parecía ya vieja á juzgar por sus canas y arrugas. Sin embargo, sus facciones, aunque alteradas por el dolor, el hambre, el insomnio y la fiebre, tenían bastante perfección, y hasta había cierta hermosura agreste en sus miradas; mas ¡ay! la hermosura es flor de un día cuando surcan la frente pensamientos sombríos y los ojos vierten lágrimas.

A dos pasos del hogar, en el rincón mas abrigado de la cabaña, duerme con profundo y penoso sueño una tierna niña acostada sobre un tablado sostenido por dos banquillos.

— ¡Duerme, Margarita, duerme! murmura de vez en cuando la madre; ¡mientras te sonrian placenteros sueños no pensarás en pedir pan!

Al lado del pobre ángel dormido velaba la hija mayor con solicitud maternal, niña que á pesar de no tener mas de siete años, era juiciosa y tranquila, y avivando de vez en cuando el fuego del hogar, espiaba todos los movimientos de su hermana. Pero vanos fueron sus esfuerzos solícitos, pues los silbidos del viento llegaban hasta la miserable cuna y despertaron á Margarita.

— ¡Tengo hambre! exclamó la niña con acento desgarrador.

— ¡Tengo hambre y sed! añadió la hermana mayor volviéndose con ademán doloroso hácia su madre.

— Tened paciencia, hijas mías, respondió la pobre madre acariciándolas; vuestro padre ha ido á la ciudad, y no tardará en volver, trayendo pan, carne, sebo, queso y probablemente caza que habrá muerto en el camino; esperad un momento.

Media hora despues se oyó un rumor lejano.

— ¡Silencio! exclamó la madre, ¿habeis oido ruido de pasos?

— Será algun lobo del bosque inmediato que dé vueltas en rededor de la cabaña, dijo la niña mayor abrazando á su madre con espanto.

— No temas, Catalina, es vuestro padre, hijas mías.

En aquel instante apareció en el umbral de la puerta un hombre de unos cuarenta años, con la frente surcada de arrugas, y los cabellos largos y lacios que le caían hasta los ojos. Llevaba un vestido de algodón, cubría su cabeza uno de esos sombreros de anchas alas que desde tiempo inmemorial llevan los habitantes del Borbonés, sostenía en el brazo derecho una escopeta, y en el extremo del cañón se veía un pan de cuatro libras.

Apenas entró, se dejó caer, rendido de cansancio, en un banco, y dijo despues de un momento de silencio, entregando la escopeta á su mujer:

— Toma, Mariana, este pan y comédlo entre las tres.

— ¿No quieres tu parte, Juan?

— No, te digo que es para vosotras.

La madre y las dos niñas se arrojaron sobre el pan con ahínco salvaje sin detenerse en dar gracias ni abrazar á su bienhechor: hacia dos días que no habían probado alimento.

Juan Barbeau contemplaba este cuadro con mirada sombría y feroz.

No obstante, despues de algunos minutos, cuando se apaciguó el primer afán del voraz apetito, Mariana dió un paso hácia su marido, y dijo con voz conmovida y vertiendo lágrimas:

— Perdóname, pobre Juan, he sido muy injusta y cruel, pues no he pensado mas que en mí: el hambre me devoraba. ¡Cielos! ¿cómo no te he dado las gracias por habernos salvado de una muerte horrible?

Y añadió haciendo un ademán á las niñas:

— Venid, ángeles míos, venid á abrazar y á dar gracias á vuestro padre.

— Es cierto, exclamó Catalina llenando de besos la frente y las manos del leñador, nos has salvado, querido padre, y te deberemos á ti el vivir mañana.

Al oír estas palabras el leñador frunció involuntariamente el entrecejo, y dijo con tono de voz extraño:

— ¡Mañana! ¡ah! hijas mías, ¿quién sabe si habrá un mañana para vosotras? El pan que os he traído era mi único recurso.

— ¿No te han dado nada, dijo Mariana, por los troncos que debías vender al panadero de Cerilly?

— No los ha querido, por ahora al menos, porque no necesita encender el horno; no le venden trigo en el mercado ni harina en el molino.

— ¿Y el cura?

— Se halla en la misma situación que nosotros, y su bolsillo está tan lleno como el mío. He salido de su casa

con tanta tristeza, como cuando cerré esta mañana la puerta de la cabaña.

— Pero los señores del castillo no estarán en igual caso, y si no te han dado, al menos te habrán prometido.

— Me han prometido llevarme á la cárcel, si continúo matando sus liebres y perdices en las márgenes del parque. Así me lo ha avisado el guarda Vanier. Los señores del castillo son ricos y tienen el corazón mas duro que las losas de su patio.

— Juan, respondió Mariana, haces mal en tenerles odio; no saben cuánto padecemos.

— ¿No lo saben? ¡Pues bien! tiempo es ya de que lo sepan.

— Sin duda, pero con dulzura.

— ¡O con violencia!

— ¿Qué quieres decir, Juan? ¿Has perdido la razón? Nunca te había visto con rostro tan feroz. La desgracia ó el infierno te inspiran tan malas ideas. Juan, vuelve en tí; padeceremos si Dios lo tiene así dispuesto, pero te suplico que dejes las amenazas.

Hubo un momento de silencio.

Mariana vertía un torrente de lágrimas.

— Oye, Mariana, añadió el leñador; es preciso que acabe nuestra miseria. Siempre fui hombre honrado y respeté lo ajeno. ¡Necio de mí! No ha mucho que he encontrado en el camino á Santiago Balmat, que me ha dicho al oído: «Ven conmigo.»

— ¡Virgen santísima! Santiago Balmat, ¡un ladrón!

— Será lo que quieras, pero hay dinero en su bolsillo, y encuentra albergue y comida en todas las posadas del país. Sus hijos no lloran de hambre como los nuestros... ¡Ah! la virtud es para mí un peso insoporrible; quiero imitar á Santiago, y hoy mismo me lanzaré á mi nueva vida.

Mariana, que no tenía fuerza para hablar, se arrojó á sus piés para contenerle.

— No tengo pólvora ni dinero para comprarla, y no me servirá de la escopeta; pero en caso de necesidad, luego se encuentran armas.

— ¡Juan! ¡querido Juan! piensa en tus hijos, en tu mujer, en tu salvación eterna.

Pero el leñador no la escuchaba, y salía de la cabaña diciendo:

— ¡Desgraciado del primero que encuentre en el camino!

II.

Luego que Juan salió, su esposa tomó á sus hijas de la mano y les mandó que se arrodillasen delante de un crucifijo de madera.

— Venid, hijas mías, enjugad las lágrimas, y repetid esta oración: «Señor, Dios mío, haced que nuestro padre no se convierta en ladrón.»

Las niñas repitieron con voz argentina la oración de su madre.

Juan Barbeau corría en tanto á esconderse detrás de los matorrales que forman la margen del camino, por donde á largos intervalos pasaban algunos viajeros.

La noche empezaba á tender sus negras sombras.

— Si pasara por aquí, decía el bandido improvisado, algun príncipe ó banquero cargado de oro, me vería en el mayor apuro. En primer lugar, soy muy novicio en este oficio maldito, y por otra parte, no tengo absolutamente nada para atacar ó defenderme. ¿Qué haré? ¿Certaré un palo en el bosque? Pero ¿de qué me servirá un palo? Si tropiezo con algun tratante de bueyes, por ejemplo, llevará tambien el suyo y además un gran cuchillo. ¿Qué haré?

En el momento que acababa de pronunciar estas palabras se oyó á lo lejos el trote de un caballo, y prescindiendo el oído hácia el lado donde se oía el ruido, Juan se convenció de que se acercaba un viajero.

— ¿Cómo le atacaré? se preguntaba á sí mismo.

El leñador se separó un instante detrás de una corpulenta encina. Los cuarenta años de una vida honrada se presentaron á su alma en algunos minutos y llenaron de profunda angustia su corazón. Aunque el frío era intenso, copioso sudor inundaba su frente.

— Voy á ser un ladrón... ¡un ladrón! Pero ellas tienen hambre, y mañana...

Los pasos del caballo se iban haciendo cada vez mas sonoros.

En aquel instante, mientras Juan daba un paso hácia atrás para espiar, un objeto duro y cortante tropezó con su calzado.

Se bajó...

— ¡Un puñal! ¡un puñal! murmuró. Está enmohecido, pero tiene afilada punta. ¡Ea! el infierno quizá me lo envía.

Dijo, y el viajero se acercó á la corpulenta encina; Juan se lanzó al camino como un tigre herido, y dijo en voz alta enarbolando el puñal:

— La bolsa ó la...

Pero al conocer á la persona á quien atacaba, continuó:

— No, no... una limosna... por Dios... caritativo caballero.

— ¡Cáspita! exclamó el caballero, que había empuñado una pistola, ¡vaya un modo de pedir limosna, muchacho!

El que así hablaba era un hombre alto, robusto y bien armado, que asiendo al leñador por el brazo, le arrancó el puñal de la mano.

— Has hecho bien, le dijo, en cambiar el tono de tu canción; pides limosna, y te daré un luis; pero te confisco el puñal.

— ¿De dónde has sacado este puñal? preguntó el caballero despues de haber contemplado la hoja.

Antes de pasar adelante, son indispensables dos palabras por via de paréntesis.

El viajero era nada menos que el señor conde Sigismundo de Altafort, miembro de la Sociedad de anticuarios del Berri, es decir, el hombre mas aficionado á antiguallas que existía entonces en Francia. Al examinar despacio la daga que había arrancado de manos del leñador, dió un salto sobre la silla, y exclamó quitando el robin y el barro que cubrían la hoja:

— ¡Válgame Dios!... ¡es un puñal de plata, un puñal de la edad media!

Trascurrieron algunos minutos de exámen, y continuó su monólogo.

— ¿Qué veo, qué veo? tres flores de lis y un halcón... ¡pues!... las armas del bastardo Dunois. ¿Si será el puñal que cita la crónica: «El valeroso bastardo consiguió que tres ingleses se presentasen á combatir con él á puñal, en el Borbonés, al pié de la encina torcida?» Por segunda vez te pregunto ¿dónde has hallado este puñal?

Juan Barbeau indicó con la mano el árbol donde había hallado el arma.

— ¡Magnífico! exclamó el conde de Altafort dando palmadas; ¡una encina!... ¡una encina torcida! Ya tengo el puñal de plata de Dunois. Me has detenido no ha mucho de un modo algo brusco, por no decir otra cosa peor, me has pedido limosna como el bandido de Gil Blas; pero no importa. Conozco que te has arrepentido, y te soy deudor de un monumento histórico que busco hace treinta años. Cuenta con mi protección.

Este drama, que es auténtico, se desenlazó muy naturalmente aquella misma noche.

Media hora despues de la escena que acabamos de contar, el anticuario y Juan Barbeau entraban juntos en la cabaña.

— ¡Justo cielo! ¿qué significa esto? dijo Mariana con temor.

— Significa, respondió el leñador, que Dios nos ha salvado.

Y contó lo que acababa de suceder.

Apenas cesó de hablar, el conde de Altafort dejó sobre un banco un puñado de oro, una cantidad enorme para aquella pobre familia.

— Este es el precio del puñal de Dunois, dijo; si no os parece bastante, decidlo.

Pasó el invierno; Juan Barbeau volvió á trabajar, y todos los días repetía á sus hijas:

— Nada autoriza el robo, ni aun el hambre.

La caza del faisán en el valle del Rhin.

El faisán es oriundo de las márgenes del Fese, río de la Colchida, de donde sacó Jason el Vellon de oro. Nunca se ha podido saber en qué consistía el Vellon de oro; pero parece fuera de duda que se debe á los argonautas la importación del faisán en Grecia, y está generalmente admitido que los cruzados le trajeron de Constantinopla. Desde entonces el faisán (en latin *phasianus*) se aclimató en Alemania, en Francia, en España y en Inglaterra, pero en un principio fué una caza reservada exclusivamente para la mesa de los reyes y de los príncipes. Solo los grandes señores podían tener faisanerías, y en los reglamentos de caza se imponían penas severas contra aquellos que se atrevían á coger faisanes. La revolución francesa, que destruyó la nobleza y vendió los bienes nacionales, fué causa de la emancipación del faisán, que se escapó de las selvas de la corona y de los parques reservados para errar libremente por los bosques comunales y particulares.

Si la Alsacia y el ducado de Baden están poblados de faisanes, consiste en que los señores de la Alsacia habían establecido allí magníficas faisanerías como la de Bouxwiller, fundada por el landgrave de Hesse-Darmstadt, y la de Saverna, establecida por el cardenal de Rohan, príncipe obispo de Estrasburgo; y consiste tambien en que los príncipes alemanes sostenían caza de toda especie en sus vastos parques de la orilla derecha del Rhin; y como la revolución con sus confiscaciones y sus guerras dió la libertad á los faisanes, estos fueron á elegir domicilio en las islas del Rhin y en los bosques de nivel mas bajo próximos á la orilla del gran río. Así pues, para que nosotros, humildes cazadores, pudiésemos tener el gusto de matar faisanes, han sido menester dos largas expediciones militares y una revolución sangrienta. ¡Quién lo habría creído!

Las islas del Rhin parecían designadas por la naturaleza como la residencia predilecta del faisán en el estado libre. En el otoño encuentra campos de maíz, arbustos, moreras silvestres y acuáticas, pues el faisán huye de las selvas cuyo terreno se halla completamente seco. Por esta razón se ha multiplicado tanto en esas hermosas islas, y no es raro matar mas de cuarenta en una sola batida.

El faisán es muy caprichoso y muy aficionado al cambio. Aunque sedentario en las susodichas comarcas, siente la necesidad de cambiar á menudo de residencia, y pasa de un cantón á otro por puro antojo. Cuando se secan los arroyuelos de un bosque, los faisanes se apresuran á dejarle, aun cuando deban acudir á los sembrados en medio de los campos. Así se explica la suerte del cazador en las llanuras, que solo espera matar liebres ó perdices, y que encuentra un faisán en un prado ó en un campo de patatas.

Cuando el faisán tiene más deseos de correr un poco, es en la época en que las nieblas de otoño se extienden por el valle. Entonces marcha al acaso, sin camino y sin objeto: los hay que temiendo atravesar el Rhin siguen su corriente; sin duda les pareció ancho; pero al fin cansados de esa travesía imposible, caían sin fuerzas en la rápida corriente de las aguas, llegando á ser de este modo las víctimas de su temperamento aventurero.

Cuando se abre la caza, se debe buscar al faisán en la orilla de los bosques, y si están los sembrados cerca, se le halla más fácilmente en los campos de maíz, en los de patatas, y aun entre la yerba crecida. Por esto, cuando se hace la cosecha en el mes de setiembre, cuando el maíz se aclara para facilitar su madurez, el faisán se retira á las islas.

En octubre se le encuentra casi por todas partes; una zarza, un abrigo cualquiera puede proporcionar una sorpresa agradable al cazador. Mas tarde hay que buscarle en abrigos más cubiertos, entre los zarzales, cuyas espinas suelen detener al cazador más intrépido. Allí encuentra el faisán durante la mala estación un abrigo contra sus enemigos, la nieve y la escarcha. Hablo del faisán de la llanura, pues el que vive en las islas del Rhin se queda allí siempre, porque halla reunidas todas esas ventajas...

El faisán se alimenta generalmente con caracoles, gusanos é insectos, y solo es perjudicial cuando visita los campos de maíz. Y es nocivo no por su glotonería, sino porque tiene la costumbre de plantarse sobre las mejores espigas que se quiebran con su peso; y toda espiga rota está perdida, pues ya no madura.

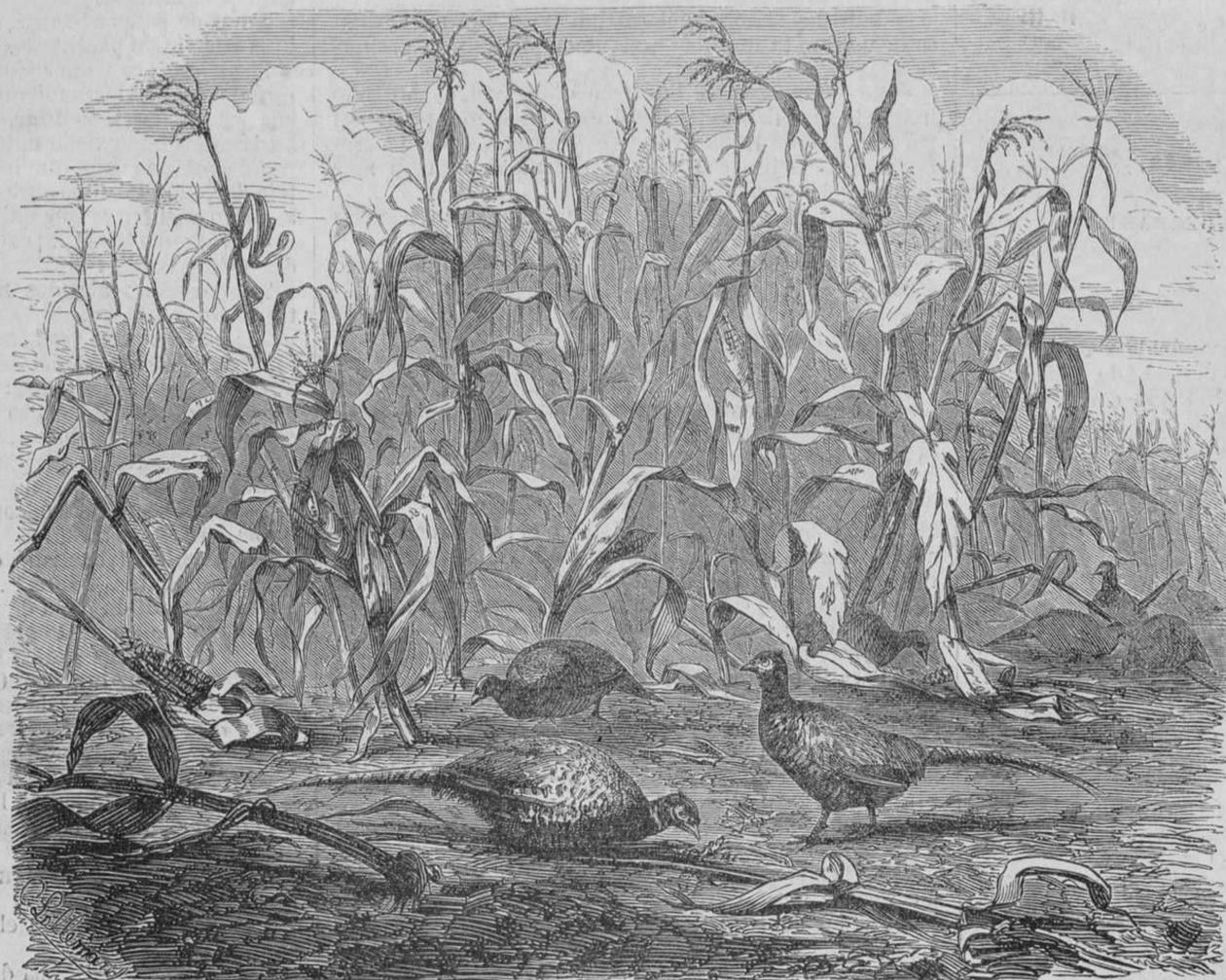
Al abrirse la caza, no se debe tirar á los faisanes sino cuando están ya bastante crecidos para poder distinguir los machos de las hembras. Es un crimen digno de las penas más severas el imitar á esos infames asesinos que tiran sin distinción á toda una bandada bajo el pretexto de que no pueden reconocerse.

Cuando el perro ha señalado la presencia de los faisanes en un campo de maíz, hay que apresurarse á cortarles la retirada del bosque, pues su tendencia es huir siempre á pié por ese lado. El cazador se aproxima pues al bosque, el perro se halla delante á quince piés de distancia, los faisanes están escondidos... — ¡Momento solemne! — ¡Atención! — De repente la hembra se eleva con mucho ruido: — Respeto á la madre, cazador; ya saldrán otras piezas. Con efecto salen cuatro ó cinco, y se pueden aprovechar las dos cargas de la escopeta.

En el mes de enero los propietarios de las grandes cazas de Alemania que no han podido destruir bastantes machos en sus batidas, hacen otras cacerías con perros que llaman *buschiren*. Estas son muy hermosas, y con un poco de suerte se pueden matar ocho ó diez faisanes en un día.

El motivo de este ataque *in extremis* de la estación de caza, tiene por objeto disminuir la cantidad de los machos que cuando son muy numerosos perjudican á las crías. Esto merece algunas explicaciones.

El faisán es de todos los animales de caza el más codiciado por los cazadores ladrones. No su hermosura, sino su elevado precio en los mercados le designa á las tentativas nocturnas de los que se dedican á este oficio ilícito. Estos hombres buscan únicamente el fai-



EL FAISAN EN LOS CAMPOS DE MAIZ.



CAZADORES DE FAISANES CON MECHA AZUFRADA.

san y el venado; por esta caza excelente se cometen, sobre todo en Alemania, muchos delitos. Los guarda bosques, furiosos al ver sus cazas diezgadas, se ponen en acecho, y se ha encontrado muerto más de un cazador con un par de faisanes en el morral.

Estos cazadores salen por la noche y tiran al faisán en el momento en que se coloca en una rama para dormir. Tienen su escopeta escondida en el bosque, y ponen poca pólvora en la carga á fin de que no se oiga lejos la detonación. Otros menos atrevidos emplean los lazos, las redes, y un recurso particular del que diremos cuatro palabras.

En el reino de Wurtemberg toman una vara que tiene fija en la punta una mecha azufrada. Cuando han descubierto un faisán dormido en un árbol, encienden la mecha, la mantienen bajo el pico del faisán, y logran así aturdirle y hacerle caer al suelo.

En un tratado de caza publicado en 1771 y titulado: *Astucias de la caza vedada*, su autor Labruyere, guarda del conde de Clermont, pretende que es imposible coger á los faisanes por

ese medio: «Una vez hicimos la prueba, dice; le presentamos un trapo empapado en azufre fundido, y le arrojé al suelo á picotazos; se le presentamos varias veces, y siempre hizo lo mismo; por fin viendo que le quemábamos el pico, echó á volar.»

Resulta de esta cita que el faisán no estaba dormido, y lo sorprendente no es que la experiencia no saliera bien, sino que el faisán esperase para volar a que le quemaran el pico. Empleado con cuidado, este medio es excelente, ó mejor dicho, atroz, pues es muy seguro. M. E.

Las islas Chaussey.

Con los medios de guerra que posee la Francia le es muy fácil dar una gran importancia militar á cualquier punto, por insignificante que parezca, y esta consideración hará quizá que el gobierno, si considera que es llegado el caso de fortificar los puertos y las defensas militares, se ocupe de un crecido número de puntos descuidados hasta aquí, y que muy fácilmente pueden ponerse sobre la defensiva mediante los perfeccionamientos obtenidos en el armamento. Tal es el grupo de las islas Chaussey.

Las islas Chaussey forman un archipiélago unido por fondos de arena de unas cuatro leguas de circunferencia, y á la distancia de trece kilómetros al Oeste de Granville. Es un conjunto de rocas y de islotes, entre los cuales figuran como principales: la isla Grande; — l'Enseigne; — los Huguenoms; — la isla de los Pájaros; — la Corbiere; — la isla Llana; — la isla Larga; — la isla Romon y el Cañon. Estos islotes pedregosos se hallan cubiertos de una yerba crecida, y abundan en ellos los conejos.

Únicamente la isla Grande merece una descripción particular. También es pedregosa y carece de árboles. Un llano que tiene en el centro produce un poco de centeno y de heno. Encierra un puertecillo bien abrigado llamado de Santa María y formado por la punta S-E. ó punta de la Torre, donde han levantado un faro cuya luz varía de cuatro en cuatro minutos con resplandores rojos visibles á 6 millas. — Otra punta en donde hay una señal, limita el puerto de Santa María al Este.

LAS ISLAS CHAUSSEY (costas de Normandia.)

Los Huguenoms.

Isla Romon.

El Canon.

Isla llana.

L'Enseigne.

Isla de los pájaros.



Puerto de Santa Maria.

Corbière.

En todo el largo de la parte Sur de las islas Chaussey hay un buen fondeadero. La mejor posición que puede tomar un buque grande, está al S-S-E. del faro á la distancia de una milla ó milla y media de la tierra, por 13 ó 14 metros de agua. — Allí se está abrigado contra los vientos desde el N-N-O. al E-N-E. pasando por el Norte.

Otros fondeaderos muy buenos tambien se pueden señalar, y en las últimas guerras esas islas servian de

abrigo y de estacion á los muchos corsarios que hicieron tantas hazañas contra los buques mercantes de los ingleses.

Hay algunas casas donde viven los hombres que explotan las magníficas canteras de granito que han servido para las construcciones del puerto de Granville.

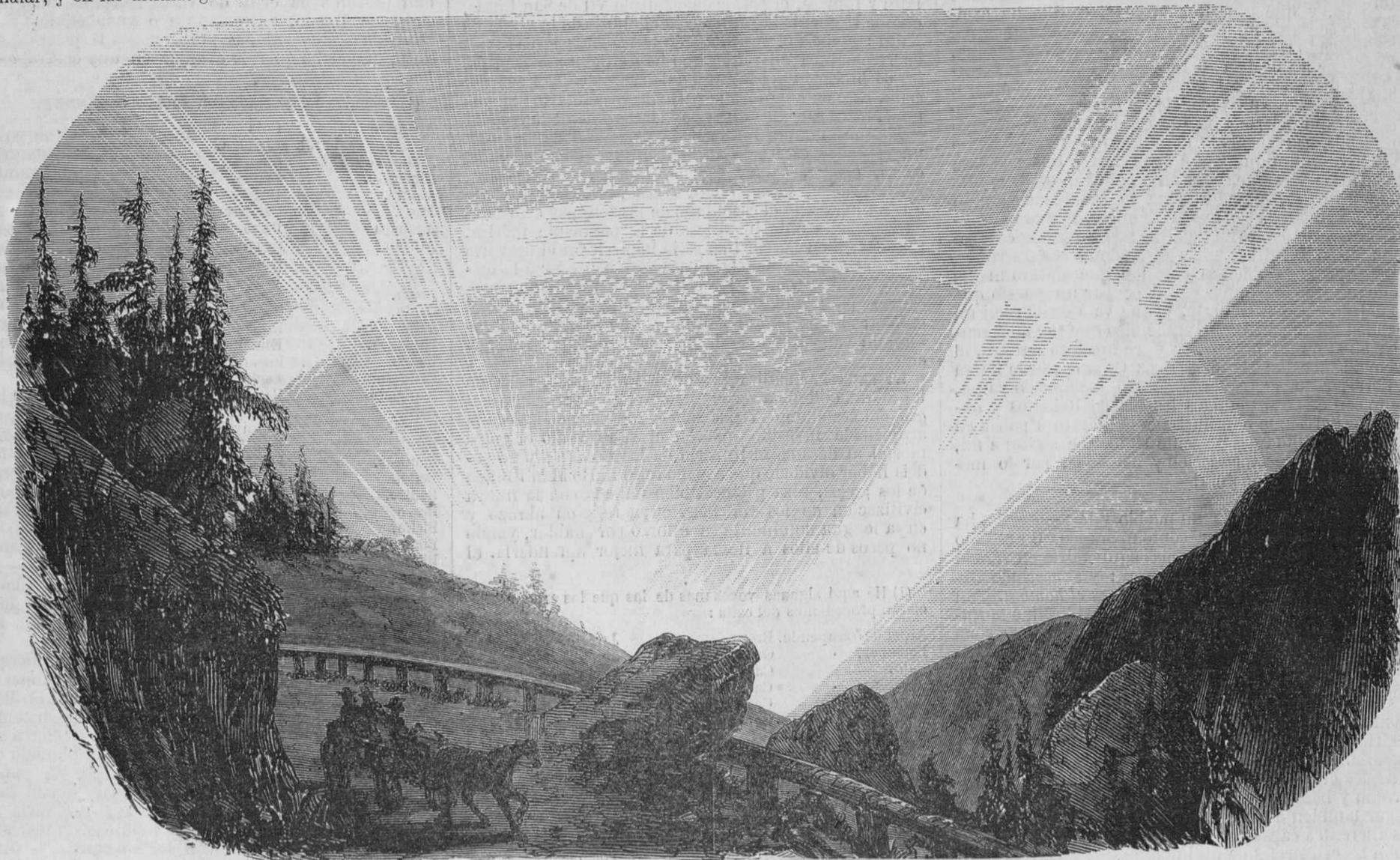
Por último, existe un fuerte muy viejo y muy ruinoso, levantado, segun se asegura, durante las guerras de la Ligue.

L. R.

La aurora boreal del 29 de agosto

OBSERVADA EN LA GARGANTA DE CABRI (ALPES FRANCESES).

En la noche del 28 al 29 de agosto último, entre la una y las dos, se ha visto una aurora boreal, cuyo espectáculo describe el autor de nuestro dibujo en estos términos:



LA AURORA BOREAL OBSERVADA EN LA NOCHE DEL 28 DE AGOSTO.

«Atravesaba yo esa noche, dice, la garganta de Cibri en un coche descubierto, y he podido seguir todas las fases del fenómeno que se ve representado en mi dibujo.

A eso de las doce y media principió á llamar nuestra atención. Al pronto creímos que era un incendio, pues notamos un gran resplandor rojizo que salía por detrás de la montaña hácia el noroeste. En breve ese resplandor se extendió y se elevó hasta ocupar la mitad del horizonte. No podía proceder de un incendio por su extensión; además ninguna nube de humo empañaba su brillo; por el contrario hermosos rayos blancos atravesaban por intervalos la dilatada nube purpurina. Comprendimos que íbamos á ver las evoluciones de uno de esos brillantes meteoros del Norte, bastante raros en nuestros climas.

Efectivamente, poco á poco el resplandor rojizo se destacó del horizonte para flotar en medio del cielo, dejando encima, sobre la línea de montañas que limitaba á nuestra vista el horizonte, un resplandor luminoso parecido al de la verdadera aurora.

Entonces se extendió en tintas claras, á través de la nube que era de un encarnado muy vivo, una especie de arco de color de rosa que componía otras irradiaciones blancas, salidas de la nube purpurina hácia las alturas del cielo.

Estas irradiaciones se abrían en forma de abanico y duraban poco tiempo; á medida que desaparecían brillaban de nuevo las estrellas que se habían oscurecido. Mostráronse casi sobre todos los puntos del meteoro ya grandes, ya pequeñas, á veces apenas indicadas por rastros brillantes y pálidos, ó ligeramente doradas sobre el fondo encarnado del espacio que él ocupaba.

Por fin cesaron de reproducirse; el espectáculo perdió su brillo, los arcos luminosos desaparecieron, la nube purpurina se puso pálida, se esparció en anchas masas, y por último se deshizo con los primeros albores de la hora matutina que llega mas pronto en las montañas. »

A. M.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL ILMO. SEÑOR DON PEDRO FELIPE MONLAU, EL DÍA 29 DE JUNIO DE 1859.

DISCURSO DE DON PEDRO FELIPE MONLAU.

Del origen y la formación del romance castellano.

Señores :

Embarazoso y árduo es para mí el empeño de tener que justificaros; porque escrito de justificación, mas que gratulatorio, considero el discurso que en esta solemnidad ha de presentar el candidato antes de tomar asiento entre vosotros. Loable seguramente es esta práctica, porque el público, severo y exigente de suyo, sobre todo para con los cuerpos literarios, desea saber quién es, y qué muestras da de sí el que ha aspirado á contarse en el número de los custodios del mas preciado tesoro de una nación, cual es su idioma. Mas no por loable deja de imponer suma responsabilidad esa disposición del reglamento, dado que oscuro, aunque asiduo, cultivador de las letras, no me atreví á esperar que acierte á justificaros del voto con que me honrásteis, convenciendo al público de que soy digno de la investidura que vais á conferirme. Una sola cosa me alienta; y es que ese mismo público, tan tolerante como ilustrado, á nadie niega su indulgencia; y en cuanto á vosotros, señores académicos, sé que os mostraréis tan benévolo en dejarme posesionar de este recinto, como lo fuisteis antes abriéndome sus puertas.

Discúlpeme también la emoción que naturalmente he de sentir, viendo que voy á ocupar un puesto que ha dejado vacío la muerte, y que va á brillar en mi pecho el mismo distintivo académico que tan bien sentaba en el de mi predecesor y compañero vuestro, el Excmo. señor don Manuel Lopez Cepero. ¡Séale ligera la tierra, y que el recuerdo de tan esclarecido varón, junto con el de sus amigos los Listas, Reinosos y demás escritores que han ilustrado la literatura patria en la primera mitad del presente siglo, me sirvan á mí, ya que no de recomendación y alabanza, por lo menos de estímulo y de guía!

Analizad la lengua de un pueblo y le conoceréis, ha dicho un ilustre escritor contemporáneo. Un estudio profundo de los diversos idiomas equivaldría en verdad á una historia completa universal: y si acertado anduvo Buffon al afirmar que *el estilo es el hombre*, bien puede añadirse, con no menor fundamento, que *la lengua es la nación*. Efectivamente, señores, si los contemporáneos no refriesen las guerras feroces, las emigraciones de los pueblos, el cruzamiento y confusión de las razas que diéron origen á las modernas, los filólogos descubrirían lo sustancial de esas vicisitudes en los idiomas que han conservado la huella que indeleble imprimieron aquellas inundaciones ó incendios de la historia. Bien así como los geólogos reconocen las catástrofes del globo terráqueo en las diferentes capas de terreno y bancos de rocas, el análisis del filólogo puede llegar también á distinguir en el idioma de un pueblo las diferentes capas de lenguas extranjeras que atestiguan las catástrofes de los imperios.

Grandes son las que ha presenciado el imperio español, palenque un día de la enconada saña entre Ro-

ma y Cartago, campo despues á las correrías de los rudos hijos del Setentrion, y teatro en fin de una lucha de siete siglos con el Sarraceno fenaz, pero impotente al cabo para imponernos ni su fe, ni su idioma. Añádanse á estas tres conocidas influencias la de la lengua primitiva de los iberos, la de los celtas, fenicios y demás anteriores á la dominación púnica, y resultarán las cuatro capas principales que se encuentran en el macizo del idioma de Castilla.

Tal cual otro elemento menos importante se encuentra también ingerido en el habla castellana, pero no me es dado enumerarlos detenidamente, estudiar las circunstancias históricas que los pusieron en contacto, examinar por menudo en qué, cómo y en cuáles proporciones entró cada uno de ellos en la nueva lengua, determinar las leyes que guardaron al fundirse, ni detallar las transformaciones que sufrieron para constituir el nuevo idioma: en una palabra, no esperéis de mí, señores, un discurso magistral, ni un tratado completo, acerca de todas estas cuestiones: gran fortuna será si mi afición, que no mi saber, logra bosquejar la idea general que he concebido del origen y de la formación del castellano, materia que hace cerca de tres siglos dilucidó ya con bastante acierto nuestro Aldrete, y que hoy ha recibido mucho mas copiosa luz, merced á los adelantamientos de la lingüística, y á los profundos estudios que en toda Europa se han hecho y están haciendo sobre la transformación del latín en los idiomas neo-latinos.

Respecto al origen del castellano, no hay para que mencionar la opinión de los que le atribuyen una antigüedad de 2,000 años antes de la fundación de Roma, ni para que discutir si los españoles comunicaron la lengua á los latinos, ó si el latín fué un castellano corrompido. Ni tamañas exageraciones, ni siquiera el principio de la antigua escuela — *todas las lenguas son dialectos de una sola*, — son ya sostenibles ante los progresos de la filología moderna, fundados en el estudio analítico y comparativo de las lenguas. Los idiomas indo-europeos pertenecen á una familia muy distinta de la semítica, y es un candor infantil, cuando no una temeridad, ir á buscar fuera del latín el origen de los idiomas de la Europa latina.

Cierto que se descubren en el castellano (ya lo he indicado antes) algunas capas no latinas; pero capas superficiales, vetas someras que cunden muy poco, y que en manera alguna trascienden á la constitución orgánica del idioma. Quitadle al castellano todo lo que posee de celta, de godo y de árabe, y apenas echareis de ver la falta. Haced otra prueba: póngase un mismo pasaje en céltico (ó neo-céltico), en godo, en árabe, en latín y en castellano, y se verá por el cotejo cuánta semejanza entre estos dos últimos idiomas, cuánta semejanza entre ellos y los primeros. Esta prueba hizo el malogrado A de Chevallet, respecto del francés hermano del castellano, poniendo en celto-breton, tudesco, latín y francés, el pasaje del capítulo VII de San Lucas, en que se cuenta la resurrección del hijo de la viuda de Naim: ¿sabeis el resultado de tan curiosa tarea? Pues de 71 palabras diferentes que hay en el texto francés, las 65 proceden del latín, 5 del germánico, y 1 sola del celta. Esto en cuanto á la parte de vocabulario; la sintaxis, todos sabemos que es casi enteramente latina.

Algunos nombres propios de persona ó de lugar, y un centenar escaso de voces comunes, como *alondra*, *barro*, *brusco*, *burla*, *engaño*, *lagaña*, *lanza*, *legua*, *mastín*, *rango*, *sorna*, *tacon*, *trucha*, etc. (1), es todo lo que ha heredado el castellano de las lenguas conocidas en las edades ante-históricas de la península ibérica. Empeñarse en buscar mas sería incurrir en el desvario de los *celtomanos* del siglo pasado, ó conceder á la moderna reconstrucción del céltico por los idiomas neocélticos (el irlandés y el escocés, que constituyen el *gaélico*; el bajo-breton y el galo, que forman el *británico*) un valor que todavía no merecen los ensayos hechos.

La capa germánica profundiza algo mas, pero no tanto que obligue á reconocer en ella el verdadero origen del castellano. Todos sabeis los pormenores de la atropellada invasión que en el siglo V dió el golpe mortal al decadente imperio de los Césares; y no podeis haber olvidado que España salió hartamente librada de los godos, raza pacífica, bien hallada con la nueva civilización de los vencidos, cuya religión abrazó y cuya lengua dominante se esforzó por hablar, yendo no pocos de ellos á Roma para mejor aprenderla. El

(1) Hé aquí algunas voces mas de las que los eruditos declaran procedentes del celta:

Arpende ó arapende.	Broza.	Jarrete.
Bachiller.	Cabaña.	Jigote.
Bajo.	Camino.	Muesca.
Baratero.	Canto, cantera.	Orgullo.
Barraca.	Casaca.	Pico.
Barrica.	Cepa.	Pieza.
Barril.	Ceryeza.	Rayá.
Bastardo.	Comba.	Roca.
Baston.	Cortar.	Rua (calle).
Betónica.	Cubilete.	Ruta.
Birrete.	Danza.	Sarna.
Bota.	Dupa.	Teta.
Braga.	Galante.	Tiña.
Branca.	Grosella.	Toca.
Bravo.	Guirnalda.	Torta.
Broca.	Jamba.	Tripa.
Brote.	Jamon.	Trompa.

godo vencedor se doblegó ante el latín vencido, cual antes el romano conquistador habia hecho gala de hablar el rotundo idioma de la Grecia conquistada. Sin embargo, el conflicto, aunque benévolo, del gótico, de un idioma tan áspero y tan apartado del latín como nos lo demuestra la traducción de los Evangelios que hizo el obispo Ulfilas, y que es el monumento mas antiguo que existe de las lenguas germánicas; aquel choque con el idioma romano, ó romano-rústico, habia de producir algun efecto, y lo produjo. De buen grado reconozco, v. gr., que á los godos y á los francos deben las lenguas modernas la generalización del artículo especificativo, no tomándolo directamente de ellos, sino siguiendo el uso que aquellos empezaron á hacer del *ille*, del *ipse* y del *unus*, en equivalencia de los artículos de que sus respectivos idiomas se valían para designar los sustantivos. Esta adopción, que tan fastidiosa hace la lectura y traducción de las cartas y diplomas en latín de los tiempos medios, era una necesidad ideológica para el latín corrompido, que se desentendía ya del ingenioso mecanismo de las declinaciones, y dejaba percibir á lo lejos el nuevo sistema de distinguir por medio de preposiciones ó partículas las relaciones antes expresadas por las desinencias de los casos. — Algo influyó también el gótico en las flexiones de los verbos: á él debemos probablemente la forma del presente de indicativo del auxiliar *haber*, si ya todo este verbo no viene á ser el *haban* godo mas bien que el *habere* latino; y reminiscencia goda, del verbo *aigan* es el *haiga*, por *haya*, que todavía oímos pronunciar algunas veces. — Por último, reconocemos como materiales de procedencia germánica muchos nombres propios de persona y unos doscientos ó trescientos comunes, como *amarra*, *billete*, *boton*, *brisa*, *dardo*, *dique*, *escaramuza*, *golpe*, *norte*, *sud*, etc. (1). Con todo, al formalizar el inventario de las palabras que debe nuestra lengua á los invasores del siglo V, será del caso no olvidar que hay muchas (como *bara*, *cofre*, *gancho*, *gato*, *lata*, *mayar*, *parque*, *pipano*, *rata*, *tapon*, etc.) que así pueden ser germánicas como célticas, por cuanto se encuentran á la vez en varios idiomas de dichas ramas; y que hay otras muchas voces que no son verdaderamente germánicas, sino latinas germanizadas por los francos ó los godos, y mas adelante romanceadas.

A los árabes atribuyen algunos grande influencia sobre el castellano, fundados en el considerable número de voces que de ellos hemos conservado, en la adopción de varios orientalismos, y en la parte de vocalización árabe que nos legaron. Larga fué en efecto, aunque siempre mal consentida, cuando no rechazada, la dominación de los moros: tiempo tuvieron estos de sobra para habernos impuesto su idioma, ó elevarlo siquiera á origen del nuestro, pues cabalmente por entonces se estaba elaborando; mas no lo consiguieron: el árabe no se hizo enteramente vulgar en España; del árabe no tomamos pronombres, ni verbos auxiliares, que son las bases principales de una lengua; y en cuanto á los nombres propios y comunes, si descontamos los latinos arabizados, los que se anticuaron muy pronto, los que han pasado á la clase de voces meramente provinciales de Toledo, Extremadura ó Andalucía, quedará reducida á muy exiguas proporciones la parte de glosario, que se ha querido evaluar en una octava ó dé-

(1) Oriundos del germano son tambien:

Abandono.	Cota.	Lamprea.
Aire (por manera).	Chalupa.	Lastre.
Alabarda.	Choque.	Laud.
Albergue.	Chupa.	Lezda.
Alodio.	Daga.	Lezna.
Anca.	Desgarrar.	Listo.
Anchura.	Dogo.	Lote.
Aturdir.	Draga.	Mancar.
Averia.	Escarcela.	Mala, maleta.
Babor.	Escarnio.	Marcha.
Bacin.	Escote.	Marchar.
Bahía.	Escotilla.	Mariscal.
Bailar.	Esgrima.	Mástil.
Balandra.	Esmalte.	Mate.
Banco.	Espiravan.	Mezquino.
Bandera.	Espía.	Nuca.
Banquete.	Espingarda.	Oeste.
Barca.	Espuela.	Paquete.
Baron.	Esquivar.	Piñote.
Batel.	Este (orient).	Placa.
Bauprés.	Estofa.	Plata.
Bedel.	Estribo.	Polea.
Belitre.	Estufa.	Quilla.
Berro.	Fango.	Rada.
Bicho.	Flejo.	Rampa.
Blanco.	Feudo.	Rico.
Blandir.	Fieltro.	Rima.
Blandón.	Flanco.	Rizo.
Blondo.	Flecha.	Robar.
Bolina.	Flete.	Ropa.
Borde.	Forro.	Rufian.
Bordo.	Frambuesa.	Sala.
Borra.	Frasco.	Savia.
Bosque.	Gabela.	Singlar.
Botín (despojos).	Galera.	Sopa.
Brida.	Galope.	Talco.
Brindis.	Ganso.	Tallo.
Brasa.	Garantir.	Trampa.
Brunir.	Gota (podagra).	Trapa.
Bucle.	Grumete.	Tregua.
Bugada (colada).	Guante.	Tren.
Cala.	Guerra.	Trincar.
Cahna.	Guisa.	Tropa.
Camisa.	Harapo.	Trovar.
Carcaj.	Heraldo.	Truhan.
Carpa (pescado).	Hipo.	Valiza.
Coche.	Izar.	Vasallo.
Coquillas.	Jardin.	Venda.

cima parte. — La crítica histórica, además, demuestra que la mudanza del antiguo sonido dental de la *j* y de la *x* en sonido gutural fuerte, así como la mudanza de la *z* rechinante greco-latina en la *z* ceceosa ó balbuciente (mudanza que no cundió en las regiones de Ultramar), no se verificaron hasta fines del siglo XVI, ó poco antes, ni se generalizaron hasta entrada el siglo XVII, cuando ya no había africanos en España, y no desde un principio, ni con motivo de la invasión de estos, como generalmente se cree. A la moda introducida por los cortesanos de Carlos I, al alemán moderno, que también introdujo cierto número de voces en el castellano, debe este idioma, mas bien que al árabe, el sonido gutural fuerte que tanto distingue nuestra pronunciación de la de los restantes idiomas neo-latinos. — Conste, sin embargo, que esta es una mera conjetura, sugerida por el deseo de levantar una punta del velo que encubre la causa de haber perdido el idioma castellano las vocales medias, en que abundaba su pronunciación antes del siglo XV, y las articulaciones dentales, que le eran comunes con el catalán, el portugués, el gallego, el asturiano y demás romances.

La gran capa, ó mejor dicho, el armazon del castellano, como de los demás idiomas de la Europa romana, se encuentra en el latín. Primitivamente latinos son todos los vocablos mas usuales y que forman como el esqueleto de un idioma: los pronombres, los llamados adjetivos posesivos, demostrativos y numerales, el artículo, los verbos auxiliares, las preposiciones ó prefijos, los sufijos ó desinencias, las conjunciones y los principales adverbios, todo está tomado del latín: y un idioma deberá reconocer siempre por lengua madre á la que le haya dado esas diferentes especies de signos orales, sea cual fuere el caudal de los que accidental ó transitoriamente hayan luego aumentado su vocabulario. Pero aun este vocabulario es radicalmente latino, porque al latín debemos las cuatro quintas partes de nombres y verbos; latinas son las palabras que sirven para designar las ideas mas vulgares, los seres mas conocidos, los objetos mas usuales y las causas mas necesarias para la vida; latinas en fin y casi exclusivamente latinas, son las voces que traducen las ideas referentes á las facultades superiores del alma, las que representan los sentimientos nobles y las pasiones generosas, las técnicas del arte, de la ciencia ó de la literatura, y todas cuantas sirven para expresar la cultura del espíritu, ó atañen un orden elevado cualquiera. — La sintaxis de las lenguas modernas no difiere sustancialmente de la latina. Quitad al latín sus casos y suplidlos por partículas, introducid el *que* donde el latín ponía el infinitivo y casi siempre os quedará sustituida una frase romance á la frase latina. — ¡Qué mas! prescindiendo de la debatida cuestion sobre si el armonioso endecasílabo del catalano-provenzal, de la lengua de *oil*, del italiano, del portugués y del castellano, tomó origen del hexámetro latino, como sostienen unos, ó del sáfico horaciano, cual pretenden otros, y á mi ver con mas fundamento, siempre resulta que la métrica moderna, y quizás también la rima, es esencialmente latina.

Ya lo veis, señores: *del latín, solo del latín* (y esta es mi tesis) *nació el castellano*. Rebúsqese cuanto se quiera fuera del latín; de seguro no se encontrarán mas que unas cuantas palabras allegadizas y caducas, ninguna de ellas de un orden importante, casi ninguna atributiva, pues rarísimos son los verbos tomados fuera del latín, como que el árabe, con toda su ponderada influencia, no logró aclimatar una veintena de ellos. Notad, además, que los nombres no latinos que han quedado en el castellano son casi todos infecundos, es decir, no tienen compuestos ni derivados, están como condenados á morir sin posteridad, y á morir tempranamente, porque el uso los rechaza por instinto, los altera y desfigura, los sustituye y arrinconas, relegándolos muy pronto á la clase de las voces históricas ó anticuadas: todavía mas; ni esa vida precaria se les concede, si no van resellados por el latín. Hijas cariñosas de su buena madre las lenguas neo-latinas, repugnan todo lo que de ella no procede directamente, y solo lo admiten en caso de absoluta necesidad, y con su consentimiento. Así se crearon, y así fueron adquiriendo su carácter específico, las lenguas modernas: así habeis visto que el castellano salió triunfante del embate de los idiomas exóticos que le asaltaron en su cuna é infancia, y que, adulto ya, se purgó con presteza de todo elemento extraño capaz de alterar su genuina índole, cuando las vicisitudes históricas le pusieron en algun conflicto. Y ¿porqué? Porque la Providencia, señores, habia resuelto sin duda, en la alteza de sus designios, que ni los primitivos pobladores de la predestinada Europa, ni los fenicios, ni sus colonos los cartaginenses, ni el griego, sino despues de incorporado con el latín, ni los semisalvajes del Norte, ni el fiero musulmán, ni la raza maldita por Dios, y aun hoy dia mal mirada por los hombres, pudiesen tomar parte activa en la elaboración del magnífico lenguaje que habia de servir de intérprete á la civilización de la edad moderna.

II.

El origen del castellano es el latín, creo haberlo probado:

... documenta damus qua simus origine nati.

Pero el idioma del Lacio tuvo sus edades, sus épocas de

alta pujanza y de singular decadencia; hubo un latín noble ó urbano, y un latín plebeyo ó rústico: ¿á cuál de los dos es deudor de su formación el romance? Dudan algunos si se formó directamente de aquel latín majestuoso y sonoro con que Ciceron tronaba contra Catilina, de aquel latín con que embelesaba, y embelesaba todavía, el inmortal cantor de Eneas; ó si de aquel otro no literario, que se hablaba solamente en los arrabales de Roma y por los extranjeros incorporados en las legiones del imperio. En manera alguna invalida nuestra tesis que fuese este ó aquel el latín generador del romance; pero induce á creer que el neo-latín se formó por el intermedio de la baja latinidad. Conviene, empero, advertir que hay dos especies de bajo latín: uno perteneciente á los primeros siglos, cuando las lenguas populares no se habian desprendido aun del regazo materno; y otro, que era el de los notarios, clérigos y monjes: correspondiente á la época en que empezaban á escribirse. El bajo latín de los primeros siglos es un tesoro para el estudio de la formación del romance; es una mina fecunda para la exploración etimológica, porque da formas no alteradas; mientras que el de las cartas y diplomas extendidos por los notarios, si bien aun hoy dia interesa grandemente á las familias, á las corporaciones y al Estado, para la interpretación de documentos, carece de importancia literaria y etimológica, porque desearria en vez de guiar, pues la curia latinizaba sin reparo, sin conocer la formación de las palabras, sin ortografía fija siquiera. En los tiempos medios, el romance habia formado, por ejemplo, *forraje*, *herbaje*, *homenaje*, *vinaje*, y los notarios latinizaron estas palabras por *foragium*, *herbagium*, *homagium*, *vinagium*, ignorando que, segun el bajo latín puro, debian ser *furnaticum*, *herbaticum*, *hominaticum*, *vinaticum*. ¡A tal punto hemos llegado, que las formas romances no han de servir para remontarnos á la baja latinidad primitiva! De aquella latinidad decaída arranca la formación de los romances; y por esto merece fama inmortal el gran Du Cange, cuyos admirables Glosarios son la mas preciada conquista de la luz de la erudición moderna sobre las espesas sombras de la edad media. ¡Así hubiese continuado el siglo XVIII la obra del anterior, penetrando mas y mas en el santuario de los caliginosos tiempos medios! Pero el siglo pasado hizo moda y gala de mirar con desden las edades feudales, y mas atento á perfeccionar la metafísica del lenguaje, que á cultivar el estudio histórico del desenvolvimiento sucesivo de los idiomas, de sus relaciones y de sus diferencias, no promovió el menor adelamiento de la filología comparada. Por dicha el presente siglo ha acudido á remediar el descuido del XVIII; y hoy en toda Europa, inclusa nuestra España, se descifran y traducen importantísimos documentos que consumía el polvo de los archivos, se aclaran los orígenes y las formaciones lingüísticas, se descubren preciosas composiciones literarias hasta aquí ignoradas, y se explican satisfactoriamente las instituciones y costumbres de aquella misteriosa edad. Así se van disipando, una tras otra, las densas nubes que la velaban, así se va labrando, piedra sobre piedra, esa puente gigantesca, echada sobre el océano de los siglos, que ha de unir la época presente con los tiempos antiguos, descubriéndonos mil tesoros desconocidos, y completando la historia de la gran familia humana. Las ciencias físicas y la industria se gloriarán con razon de sus *tuneles* y de sus cables eléctricos, que anulan la division hasta aquí admitida do islas y continentes, y suprimen mágicamente las distancias; pero las ciencias históricas y filológicas, señores, obrarán por su parte un prodigio muy parecido juntando la antigüedad con la edad moderna, hoy separadas por una solución de continuidad inmensa, y aisladas una de otra por un verdadero mar de tinieblas.

Mas dejando á un lado estas consideraciones, para tratar solo de la formación del romance en general, bastará observar que los romanos, á la par que el yugo de la dominación, imponían á los pueblos vencidos el yugo no menos eficaz de su idioma, y que las provincias conquistadas, en noble compensación de verse humilladas, recibían, consumada ya, una civilización entera. ¡Gloria á Roma! ¡Gloria á la lengua latina! Vosotras disteis una sola patria á infinitos y diversos pueblos; vosotras hicisteis una sola ciudad de lo que antes era un orbe:

*Fecisti patriam diversis gentibus unam;
URBEM fecisti quod prius ORBIS erat.*

Al imponernos los romanos una lengua ennoblecida por mil obras en que compiten el buen gusto y la sana filosofía con la galanura del lenguaje y la fuerza del estilo, no solo nos transmitieron el arte de escribir, sino también el de hablar, pensar, sentir y juzgar, como ellos.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — El otoño. — Variada colección de novedades. — Sobretodos, paletós y levitas de señoras. — Los vestidos de otoño. — Telas nuevas con bandas. — Sombreros del dia, cada cual con su nombre, como las mujeres á la moda. — Promesas para el mes próximo. — Descripción del figurin de este número.

Ya está aquí el otoño. ¡Adios vestidos de gasa y modas diáfanas! La naturaleza comienza á tomar un color sombrío; se envuelve en una bruma de oro como para dar un brillo pos-

tero á sus encantos. Ya ha perdido el reflejo radiante de la primavera. Las cosechas están recogidas, los campos labrados, los árboles despojados de su fresca verdura. El viento gime en la enramada: oigámosle. ¿Qué dice? ¡Llora la primavera! Esas hojas secas que crujen bajo nuestros piés, ¿no son los sueños y las ilusiones de nuestra juventud?... Perdónenme mis amables lectoras esta lamentación; vivo en el campo entregado á la vida contemplativa, y estoy trazando un paisaje del otoño cuando tengo que anunciar aquí una variada colección de novedades.

Primeramente el alboroz no está ya de moda y ha sido reemplazado por los paletós y las levitas. Vamos á llevar levitas con solapas y con bolsillos á la altura de los del chaleco para meter las manos. Voy á describir algunos modelos que darán una idea del gusto del dia.

— Un sobretodo *Novara* de terciopelo negro con un plegado que dibuja el talle, y falda de mucho vuelo. Unas aberturas también con pliegues, de terciopelo, de guipure y de cinta violeta figuran las mangas.

— Una capa *Talia* que cuesta 4,400 francos. Al pronto este precio parece excesivo, pero nada de eso. Esta prenda lleva un magnífico volante de encaje de Chantilly que puede servir de túnica y de vestido de baile. Tiene además una esclavina de encaje y mangas guarnecidas de encaje, todo sobre terciopelo negro.

— Un sobretodo *Watteau* de terciopelo negro con gruesos pliegues, cubierto con una esclavina redonda por detrás y cuadrada por delante. El sobretodo describe anchas mangas con rizado de terciopelo grosella de los Alpes y encaje negro.

— Una capa *Lady Enriqueta* de paño negro con cuatro hileras de respunte grosella y oro, estilo griego. Anchas mangas con bocamangas.

— Un *Confortable* de paño color de castaña ribeteado de raso negro y galon con botones de raso y bolsillos para poder llevar las manos. El delantero forma solapa como una levita de hombre.

— Un *Cleopatra* género alboroz con pliegues por detrás y sin ellos por delante, con un cuello grande de Chantilly y anchas mangas orientales forradas de raso blanco y cubiertas de encaje de Chantilly. Por dentro rizado de tafetan blanco con puntilla de terciopelo ó encaje.

— Una capa *Francisco I* de terciopelo negro con herta adornada de pasamanería y de un volante de encaje negro que cubre el talle. Anchas mangas de punta con vueltas de encaje negro.

Segun estos modelos se ve que los capuchones han perdido su boga. ¿Qué no se gasta en el mundo?

En cuanto á las telas decretadas por la moda para el otoño y el invierno, la mayor parte de ellas recuerdan las ramilletes mas escogidos de la colección de Flora. Diríase que un pincel famoso ha ilustrado con florecillas el raso, el gro de Atenas, el pekin imperial y los moarés franceses.

Las telas mas hermosas tienen bandas, hasta los terciopelos.

Segun los dibujos y las disposiciones de cada vestido puedo afirmar que las faldas se llevarán con gruesos pliegues, y que serán muy anchas, algo cortas por delante y largas por detrás formando un poco de cola.

Hablemos ahora de esta colección de sombreros.

— Primeramente tenemos el sombrero *Nayade*, inventado por Alejandrina, que es de terciopelo color de melocoton; encima del ala lleva tres plumas verdes; el interior va forrado de terciopelo verde con handó de terciopelo y ramo de flores. Sobre el fondo del sombrero se ve una cascada de blonda. Las cintas de color de melocoton.

— Un sombrero *Duquesa de Malakoff* de terciopelo imperial blanco con un sesgo de terciopelo punzó sosteniendo una pluma que cae sobre el sombrero pasando bajo la cinta, y viene á rizarse por un lado. Bavolet de blonda.

— Un sombrero *Emperatriz* de terciopelo con ala de terciopelo imperial blanco, adornada con una pluma blanca que llega al borde. El fondo parece una dalia, y lleva un lazo de terciopelo y de blonda. Bavolet de blonda y por dentro lazo de terciopelo.

— Un sombrero *Criolla* con ala de terciopelo imperial blanco y fondo punzó con pliegues, como los llevan las mujeres de la Martinica. En el borde del ala tres plumas, y en el interior bandas arrolladas. Bavolet de blonda.

— Un sombrero *Parisiense* de terciopelo negro con un rizado al borde de tafetan blanco y blonda. Sobre el ala lazo de blonda con pluma de avestruz; en el interior ramito de flores; cintas blancas.

— Un sombrero de entretiempo de crespón verde con borde de tul cubierto de encaje. En el ala lleva un lazo de terciopelo verde con encaje; por dentro ramillete de rosas.

Por último señalaré el sombrero *Clotilde* de terciopelo imperial color de rosa con un lazo de terciopelo negro sostenido con un broche de terciopelo color de rosa. De este lazo cae una blonda que flota por un lado. En el interior drapería de terciopelo color de rosa.

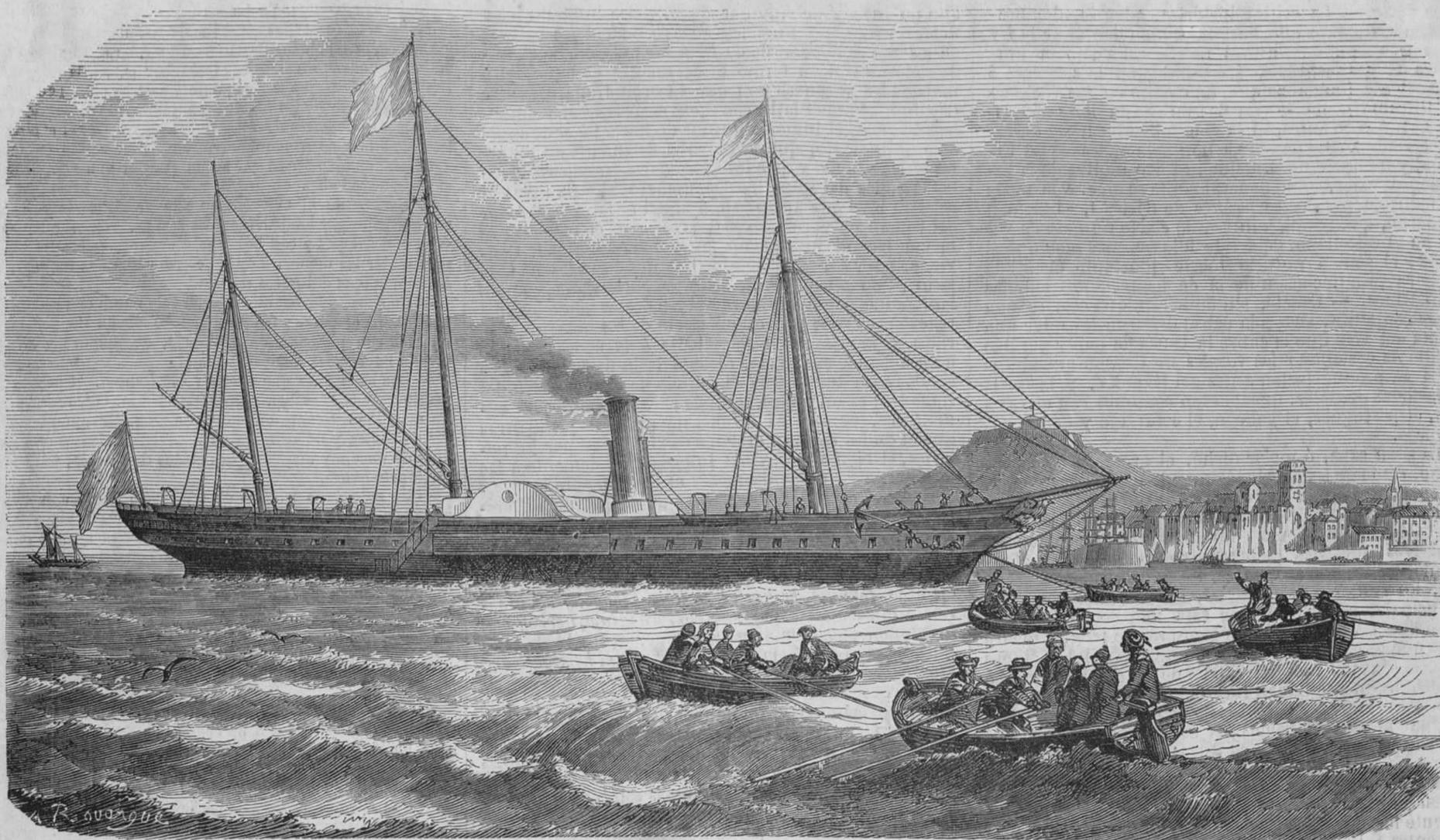
El mes próximo hablaré de los cuerpos y de las mangas, así como de los adornos de los vestidos.

En el dia están muy en principio las modas de otoño y de invierno.

Entre tanto voy á describir los dos prendidos de verano que se ven en el figurin de este número.

El primero se compone de un vestido de tafetan malva con cinco volantes festoneados. Cuerpo redondo y escotado. En torno del escote lleva un rizado doble con feston sencillo. Mangas con un afollado y un volante grande. Sombrero de crespón blanco adornado con un rizado de crespón verde. Guantes de Suecia.

La segunda figura lleva un vestido de gasa de Chambéry, fondo blanco con puntos color de cereza, y doce pequeños volantes festoneados que solo llegan á la mitad de la falda. Cuerpo redondo escotado. Mangas afolladas con pequeños volantes en armonía con los de la falda. Sobre el cuerpo fichu Luis XIII igual al vestido y cruzado por delante. Manteleta con volante festoneado y rizado. Mangas interiores de tul liso.



EL AGUILA, YACHT IMPERIAL EN LA RADA DE CHERBURGO.

Sombrero de paja de Italia adornado con plumas blancas. En el interior bandó de terciopelo de color de cereza. Cintas de terciopelo punzó. Sombrilla tafetan, guantes color de paja, y zapatos Luis XV de piel gris con tacones altos y lazo de cinta.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El yacht del emperador Napoleon.

Hasta hoy el emperador habia tenido para su servicio particular un yacht de hélice de 320 caballos, de hierro, la *Reina Hortensia*, muy elegante en sus formas, pero de dimensiones tan limitadas, que no podia prestarse á las diferentes conveniencias de velocidad y de instalacion interior propias de un buque destinado al servicio de S. M. I.

En vista de esto, el departamento de la marina debió pensar en aumentar su material con un buque de gran velocidad para el uso exclusivo del jefe del Estado. Se resolvió la construccion del yacht *el Aguila (l'Aigle)* y se principió en Cherburgo á principios de 1858.

Este magnifico buque se halla concluido hoy, y dentro de pocos dias podrá ponerse á disposicion de la familia imperial.

Sus dimensiones principales son estas:

Largo total.	90 ^m 00
Id. á flor de agua.	82 00
Ancho.	40 50
Anchura fuera de los tambores.	17 75

Las máquinas construidas en los talleres de MM. Mazeline y compañía, son de la fuerza nominal de 500 caballos, de cilindros oscilatorios de presion mediana. Son de ruedas articuladas y no de hélice, á fin de evitar el ruido en los camarotes de popa. Esta es una circunstancia importante, no solo para la mayor comodidad de los que van á bordo, sino para el silencio necesario en los consejos que pueden celebrarse en esos camarotes. La construccion de este aparato hace el mayor honor al establecimiento de MM. Mazeline y compañía. Facilidad del servicio y de la vigilancia de los principales órganos, solidez, elegancia, perfeccion en la ejecucion, todo se encuentra reunido en alto grado en ese hermoso aparato, cuya apreciacion puede hacerse con estos guarismos:

Número de los cilindros de vapor.	2
Diámetro de esos cilindros.	1 ^m 90
Trayecto de los pistones.	1 80
Número de vueltas por minuto.	2,600
Presion del vapor en las calderas.	1 atmós. 1/2
Diámetro de las ruedas.	9 ^m 00

En las pruebas se ha obtenido una velocidad normal de 15 brazas.
Las disposiciones interiores son magnificas. Hay gran-

Sobre cubierta hay una hermosa sala de honor con cristales. La decoracion exterior del buque consiste en dos grandes cordones dorados en forma de cable.

A proa se hallan los camarotes del capitan y del estado mayor del buque; las cocinas y grandes cámaras para la tripulacion. El aire y la luz circulan libremente por todas partes.

Para decirlo todo de una vez, el buque *el Aguila*, en que se encuentran reasumidos todos los recursos del arte de las construcciones navales, satisface completamente cada una de las condiciones particulares de su destino, aunque sus dimensiones son menores que las del yacht de la reina de Inglaterra, por cuyo motivo podrá entrar en muchos de los puertecillos de las costas francesas.
V. P.

La Vénus de la Porta Portese.

Hace tres meses se descubrió en los antiguos jardines de Julio César, *prope Caesaris hortos*, una estatua que representaba una Vénus en la postura de la de Médicis, descubrimiento que puso en conmocion á todos los artistas de Roma, y que dió por resultado una verdadera romería de personas que iban á ofrecer su incienso y sus votos á los pies de la diosa á la sazón humilde y oscuramente aposentada en casa del señor Guidi, cerca de las termas de Caracalla.

La Rusia acaba de adquirir este mármol precioso despues que pasó un corto tiempo en el estudio del profesor Guaccherini, que hizo en la estatua algunas reparaciones poco importantes.

Al lado de la nueva Vénus, Guaccherini colocó el yeso de la Vénus de Médicis, y aunque gusta poco perder los hábitos de admiracion que se tienen contraídos, preciso es confesar que no es la última la que se lleva la palma.

La Vénus que acaba de descubrirse, maravillosamente conservada, tiene una cabeza que es una obra maestra, dice Guaccherini, en tanto que la de la otra es demasiado pequeña, y se nota que en ella ha trabajado el cincel del siglo XVI; además sus brazos y sus pies están intactos, como salieron de manos del escultor, mientras los brazos de la Vénus de Médicis han sufrido una restauracion poco feliz, y los pies se encuentran en el peor estado; por último, se ve en la Vénus de la Porta Portese el noble mármol de Paros que aparece despues de lavado con todo el esplendor de aquella tinta dorada que daba el sol de la Grecia á las obras maestras de los grandes artistas; y la Vénus de Médicis conserva un matiz azulado del baño de agua fuerte que la dieron...

En esta apreciacion hay un poco de exclusivismo; no ponemos en duda la belleza de la nueva Vénus; pero sin embargo, se nos permitirá que sigamos admirando tambien la Vénus de Médicis.



LA VENUS DE LA PORTA PORTESE.

des salones y habitaciones particulares para los diversos miembros de la familia imperial y de las personas agregadas á su comitiva ó á su servicio.